

La Esfera

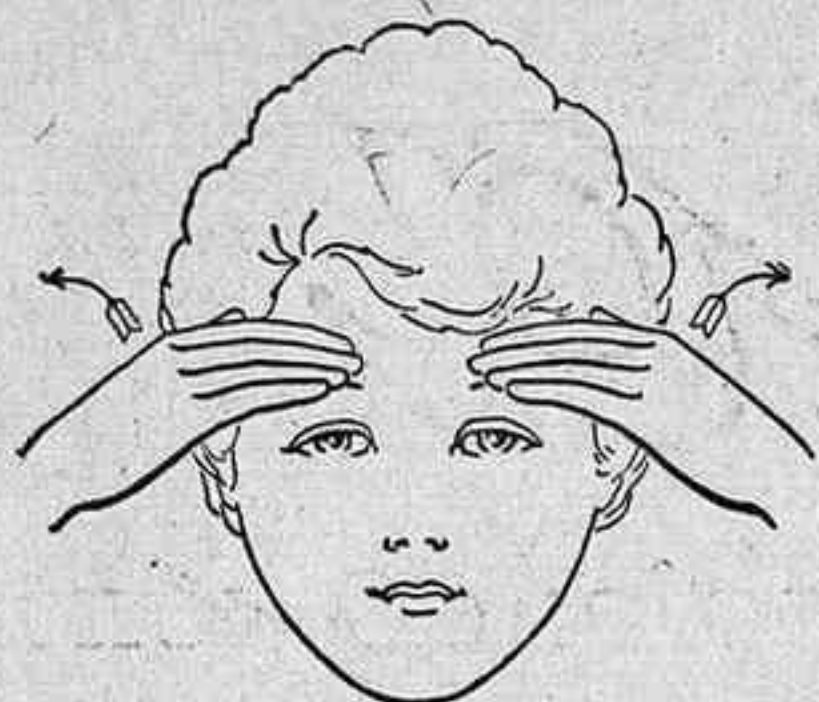
Año VI * Núm. 312

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE DOÑA ELISA GARCÍA DEL MORAL, cuadro de Marceliano Santa María

Series Masaje embellecedor



No. 1—Tratamiento para las arrugas de la frente: Untense las yemas de los dedos con "Nieve 'Hazeline'" y hágase el masaje como sigue: Pásense las yemas de los dedos por la frente, empezando inmediatamente arriba de la nariz, hacia arriba y hacia los lados como indican las flechas del grabado.

"NIEVE" ("HAZELINE"
SNOW TRADE MARK)
(Marca de Fábrica)
"HAZELINE"

De venta en todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia. Londres

Sr.P. 1700

All Rights Reserved



PAYING GUEST

On cherche pour demoiselle belge famille

se distingue en compagnie de laquelle passerait hiver à Madrid comme hôte payante. Référence: Monsieur F. Gillis, consul de Belgique à Madrid. Ecrire: M. V. Bureau de cette revue.



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

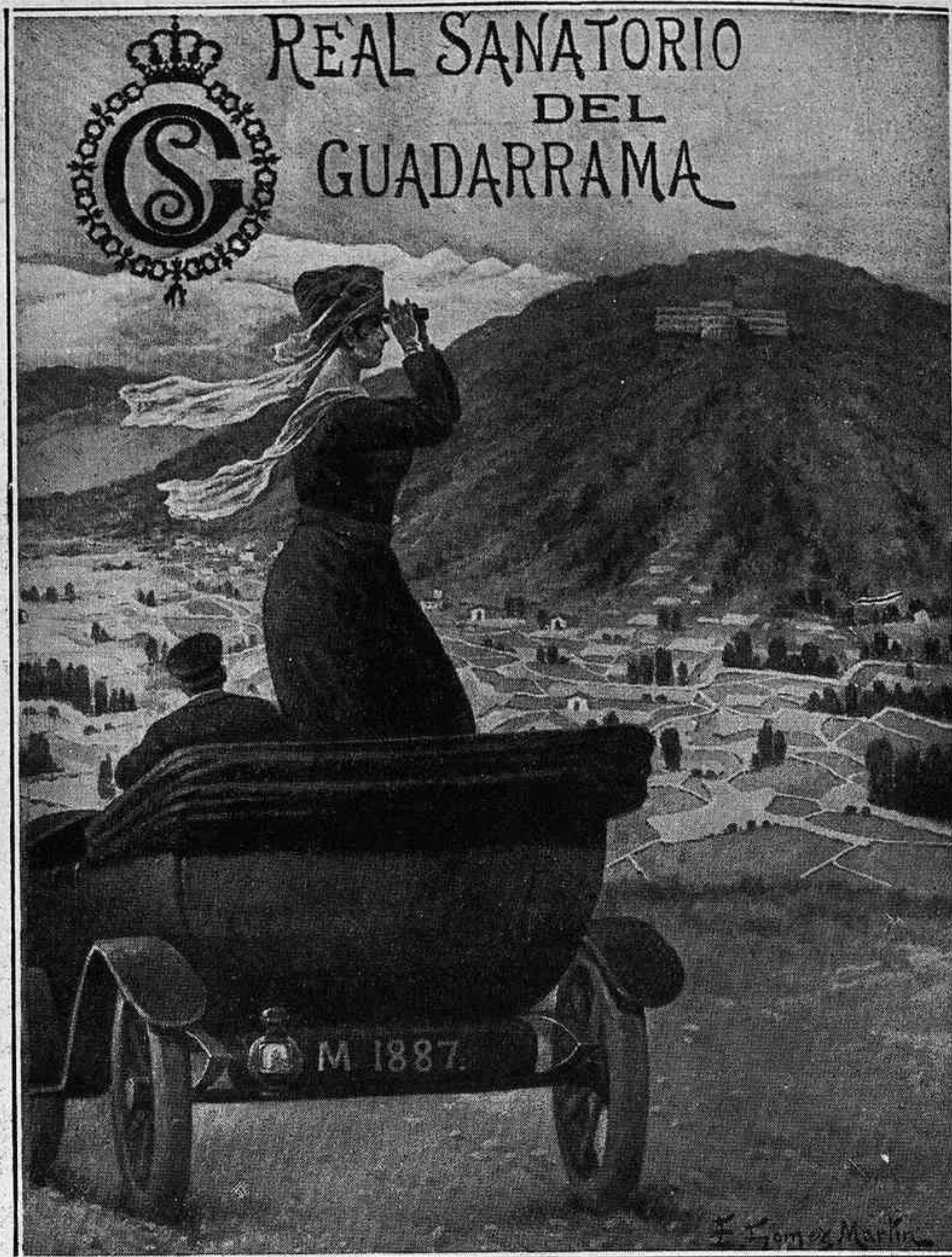
DE VENTA EN TODAS PARTES.

JOYERIA Y PLATERIA
Gran surtido en objetos para regalos
FERNANDEZ Y VEIGA
Esparteros, 16 y 18-Teléf. M. 2.529-MADRID

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir
G. TRÚNIGER Y C.º
Balmes, 7, Barcelona. Sucursal en Madrid: Alcalá, 39.
CASA SUIZA



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. José Martínez Pardo Martín**,
COLEGIO DE MEDICOS, MAYOR, 1

Overland

Es el automóvil que más y mejor servicio presta.

Lo utiliza desde S. M. el Rey, que prefiere esta marca á cualquiera otra, hasta el modesto empleado que necesita rápidamente acudir á sus ocupaciones.

Lo permite la variedad de tipos, desde el más ligero y económico de 10 caballos al más potente y lujoso de 60 caballos.

Hay variedades de 4, 6 y 8 cilindros, con y sin válvulas, y las características de todos ellos son las siguientes:

- Construcción esmerada.
- Elegancia en las líneas.
- Economía en el consumo.
- Seguridad en el servicio.
- Suavidad en los movimientos.
- Potencia en el motor, y

Un valor efectivo muy superior á lo que por él se paga.

GARAGE "EXCELSIOR"
ALVAREZ DE BAENA, 7 MADRID

WILLYS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.

La Esfera

Año VI.—Núm. 312

27 de Diciembre de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO

Cuadro original de José Nogué

BIBLIOTECA
MADRID

DE LA VIDA QUE PASA
LA TRANSFORMACIÓN DE MADRID
 (HISTORIA DE VEINTE AÑOS)



Aspecto de Madrid desde un aeroplano

FOT. ALONSO

YA hace muchos años... — ¿cuántos?, ¿quizá veinte? — un grupo de jóvenes — los del 98 — publicamos en Madrid el primer número de *Electra*. El nombre glorioso de Galdós nos servía como bandera, y al lado de Valle Inclán, Baroja y Azorín, de Maeztu y Benavente, otros menos granados, hicimos nuestras primeras armas. En ese número inicial se publicó mi artículo «La capital de la Mancha», que, como el lector habrá adivinado, no era sino Madrid. Pensé traerlo á estas páginas, pero siento un respeto y un temor extraños... Yo no lo toco... Allí está.

Había en aquel artículo una idea dominante: la de que Madrid se une con la Mancha por los barrios bajos y por el puente de Toledo, y esa unión no marca la línea de un itinerario, sino la más perfecta identidad espiritual. Describía no sólo el puente, sino también la calle de Toledo, el Matadero, las posadas, el mercado... Las casas viejas que no quieren caerse y las casas nuevas hechas con materiales viejos sobre el mismo tipo de las casas derribadas... El olor manchego de nuestra política y de nuestras costumbres á ajos y cebollas... La mujer que se aferra en pensamientos y creencias á la tradición... Los gustos y fiestas populares... Los toros... Repito que no quiero exhumarlo. Con estos tanteos olvidados nos ocurre lo que al cantante que oye un cilindro impresionado por él y se pregunta: «¿Esta es mi voz?» Recojo aquí sólo, como si fuera ajena, una sensación que hace veinte años tenía más fuerza que hoy, y que si entonces estaba exaltada por un sano y juvenil espíritu de protesta, hoy sería, más que exagerada, falsa.

Habíamos ido á esos barrios bajos de la mano de Galdós. Nos arrastraba lo pintoresco, la huella de la Historia, de la madre Clío, que nos enseñaba por dónde se escondieron los héroes de los *Episodios Nacionales* y se acercaban al pueblo los de las *Novelas Contemporáneas*. Era, además, el amor á la picaresca y quizá también el vicio de las bajas aventuras. Pero así como en Toledo admiramos el carácter de la Posada de la Sangre y luego nos vamos á dormir al hotel,

así se podía llegar de excursión hasta la Fuente-cilla ó el Portillo de Gilimón y volverse luego á la calle de Alcalá. Y entonces, lejos del foco buscado voluntariamente, surgía la gran contrariedad de ver que no nos habíamos separado sino en apariencia, que todo Madrid estaba envuelto en el ambiente lugareño y que hacía falta un esfuerzo enorme para soportarlo. Hubiéramos querido nacer en la ciudad de la vida intensa, exaltada y exquisita, como correspondía á nuestro mundo espiritual. Necesitaba nuestro deseo de acción un pueblo idealista y triunfador, y Madrid, tan inconsciente en la lucha como en la derrota, nos parecía por dentro y por fuera el lugar de la Mancha á donde volvía Don Quijote maltrecho cuando ya no había pájaros en los nidos de antaño. Luego, declaramos que Madrid daba motivos, sí, ¡muchos y dolorosos é inolvidables motivos!, para que le mirásemos como capital de un mundo que no era el nuestro. ¡Adiós, época dura, enemiga y cruel! ¡Todos te vencimos! ¡Te venció Madrid! ¡Te vencimos nosotros! ¡Ni siquiera guardas tus víctimas, porque las rescatamos en nuestros recuerdos!

Y como Madrid venció también aquella lamentable época, digo que sería injusto no verlo. Acabó el criterio tradicional que aceptaba y glorificaba el harapo con todas sus consecuencias, y conservaba la mugre de lo pintoresco en nombre del Madrid de nuestros abuelos. Anticipo aquí, á título de aclaración de estas ideas sobre la ciudad nueva, que considero como cualidad sagrada el carácter, y que la cristalización del genio local en la Historia me inspira, por lo menos, tanto respeto á través de las piedras de la calle como á través de las páginas de un libro. Ese respeto, por otra parte, no obliga demasiado en nuestro Madrid, villa de ayer. Para la venerable antigüedad, atestiguada, por ejemplo, en Cluny ó en las murallas de la City, de Sevilla ó de Tarragona, son modernos los paredones derruidos de la Almudena, y así no fué difícil conservar, depurar, limpiar sin revoques y ostentar sin mixtificaciones todo lo que conservaba sello propio y matiz local. No ya la His-

toria grande, con su corriente honda y dilatada, sino esa pequeña historia que fluye por mil regatillos de agua cantarina y traviesa ha ido dejando huellas en todas partes, hasta en Madrid, y el criterio moderno consiste en respetarlas y realzarlas. La última revolución estética ha consistido en hacer conservadora la piqueta.

Era preciso separar granzones y gorgojos del trigo bueno. Y, en realidad, se ha hecho, ó por lo menos se ha empezado á hacer. En esa época que comprende veinte ó treinta años, Madrid dejó perder algunas de sus alhajas históricas. Descuidó sus ideas y relajó el nivel de sus ambiciones como relajaba y envilecía la estética de la ciudad. Entonces sustituyó las casas á la malicia por otras construcciones ruines, cuyo único ideal era la economía. Vinieron los materiales desenterrados de derribos antiguos y las vigas como cepas, añosas y resquebrajadas, sujetas y fachadas con una lía como enfermas incurables; los tabiques de papel, los pasillos y chafalones inverosímiles, los cuartos ahogadizos, celdas de castigo... Todo eso da á la calle en barrios enteros con fachadas que han salido del Rastro, un lamentable rastro de ciudades... Hay que ir deshaciendo los restos de esa época que nos sale al encuentro, avergonzada de sí misma, esperando que la enterremos de una vez. Cuando luce en el cielo de azul purísimo un sol claro y purificador, tienen todavía aparente derecho á vivir. Cae la luz plena sobre las casas pardas, sobre los tejados de rojo detonante, y todo parece transfigurarse, dignificarse. Fealdades y defectos aparecen nimbados por el mágico influjo del sol. Hay, en cambio, horas madrileñas, las horas lívidas del amanecer, que nada perdonan. Y días en que ese Madrid es tan triste, tan pobre, que da ganas de llorar. Sobre su pobreza y sobre su tristeza está todavía el sello de origen que no puede borrarse. Hay que arrancarlo. Pero ¿qué importa la obra torpe de unos cuantos años, si la ciudad de hoy, como está y donde está, es una de las más bellas del mundo?

LUIS BELLO



LA PRIMAVERA DEL BOHEMIO



Es Primavera... El tiempo de los dulces amores que prelude el incendio de las rosas paganas, y en los parques se mueren los viejos surtidores en un rodar celeste de músicas lejanas.

Es la estación florida del sol. Es Primavera. El tiempo de la vida para el canto y el sueño. El alma, mi divina infanta prisionera, se asoma á los balcones de su alcázar de Ensueño,

y apoyada en el mármol de los viejos pilares, bajo el azur sublime de pájaro sonoro, aguarda al prometido que vendrá por los mares á cortarle las rosas con su daga de oro.

Un collar de rubíes desangran los claveles en la tarde dormida (cuando van los poetas, con la frente gloriosa de inmortales laureles, á soñar en el fondo de las verdes glorietas).

Nostalgias de la amada perdida, cuyos ojos eran dos esmeraldas en un lago de lilas: llegáis cuando no puedo curar de los abrojos, viendo morir la tarde de Abril en sus pupilas.

Llegáis cuando un ocaso de luz perla y rosada pasa, dejando un rastro de seda en los cristales, y el clave, al contacto de una mano enjovada, revive sus antiguas leyendas musicales.

Es la estación lozana del ruiseñor... La risa del agua es un sollozo de galantes laúdes que deshojan sus nardos de cristal en la brisa, como un tirso de frescas y blancas juventudes.

Con arpegios de alondra que riega sus canciones la Primavera anuncia su triunfante faunalia. Es cual si una bohemia, al pie de los balcones, cantara al son de dulces bandolines de Italia.

Y hay un sueño de lirios que agonizan en una paz de estrellas dormidas en los parques ducales, cuando sangran las rosas y en la tersa laguna interrogan los cisnes á los pavos reales.

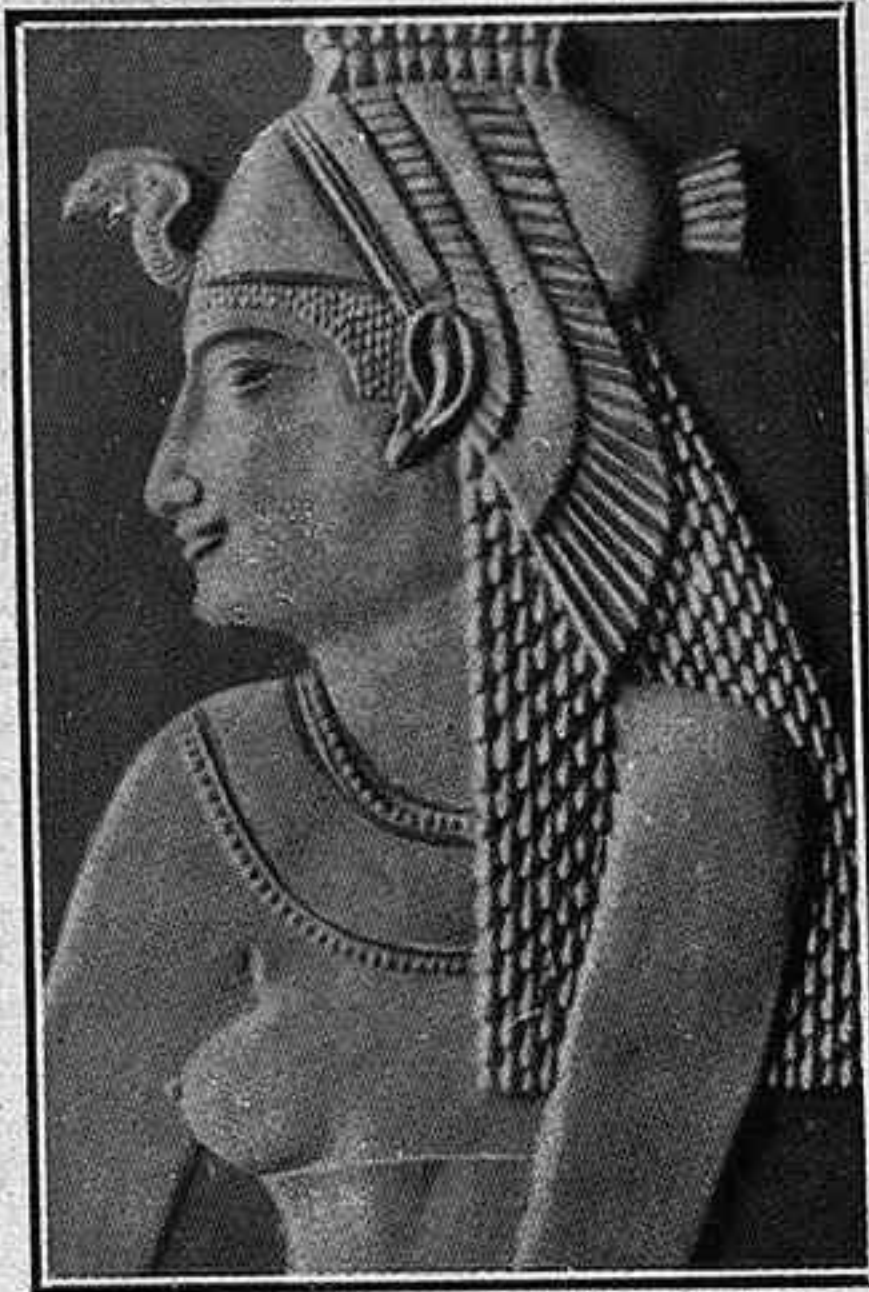
Nieva copos de espuma sutil el plenilunio; los ruiseñores abren su joyel de cantares. Poeta, que te inspiras en un negro infortunio, ¿no te evoca sus labios este olor á azahares?

Es Primavera... El tiempo de los dulces amores que prelude el incendio de las rosas paganas; mi corazón se muere con esos surtidores en un rodar celeste de músicas lejanas...

Lorenzo P. TUELLS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

TEMAS PLÁSTICOS
CARRIERE Y LA ESCULTURA ANTIGUA



"Retrato de una Reina"

Cuán armoniosa y bella es la vida en su consciente obediencia al poder de la Naturaleza!

Como por la prolongación infinita de invisibles raíces, el hombre está ligado por los sentidos á todos los elementos del Universo.

Que deje hablar á su alma, que sus ojos respondan á su apasionamiento, y entonces el Universo le será revelado y la Naturaleza—cuyo misterio interroga su filial admiración—le descubrirá su propia conciencia.

Es precisamente la conciencia humana lo que el arte antiguo nos manifiesta. En esa espléndida y completa expresión, el hombre se instruye acerca de su potencia imaginativa, de la amplitud y riqueza de sus facultades de comprensión.

Así lo demuestran de un modo magnífico los leones egipcios del British Museum con su imponente aspecto, pleno de misteriosa y cautivadora vida.

La particularidad de su natural fiereza y la familiaridad de su actitud se unen á las formas generales. Su lomo nos recuerda la cima de los montes; sus flancos las vertientes suaves y rápidas. Son á un tiempo mismo los representantes de su especie y de los elementos.

¡Qué revelación de la belleza humana supone la figura egipcia! La luz juega sobre las facies voluminosas; la vida interior la responde y con ella comunica. De este modo dos hogares distintos casan sus llamas.

Los cuerpos de hombres y mujeres surgen de los mármoles negros y profundos, como hermo-



"Estela caldeá"

sos frutos, bañados en una cálida atmósfera. La materia les retiene y no deja que aparezca sino lo esencial de su humanidad. Es el símbolo de la tierra, de la cual proceden y á la cual retornan todos los seres.

Semejantes á enormes acantilados se alzan los muros asirios. En ellos el hombre se representa fuerte y rechoncho, hecho para la lucha, que nos describen, entre el león, supremo poder instintivo, y el hombre, encarnación del espíritu. La gran inteligencia de este arte nos dice la legitimidad de la victoria. La impassibilidad de la figura humana con su dibujo firme y pleno, el trágico terror de la fiera, la flexibilidad de su cuerpo en la resistencia, su bello abandono en



"Relieve arcaico"

la muerte: he aquí el poema heroico. Figuras de un bello mármol azulino, de grandes planos, fuertemente ligados, unen sus manos nerviosas sobre la superficie lisa del pecho.

ooo

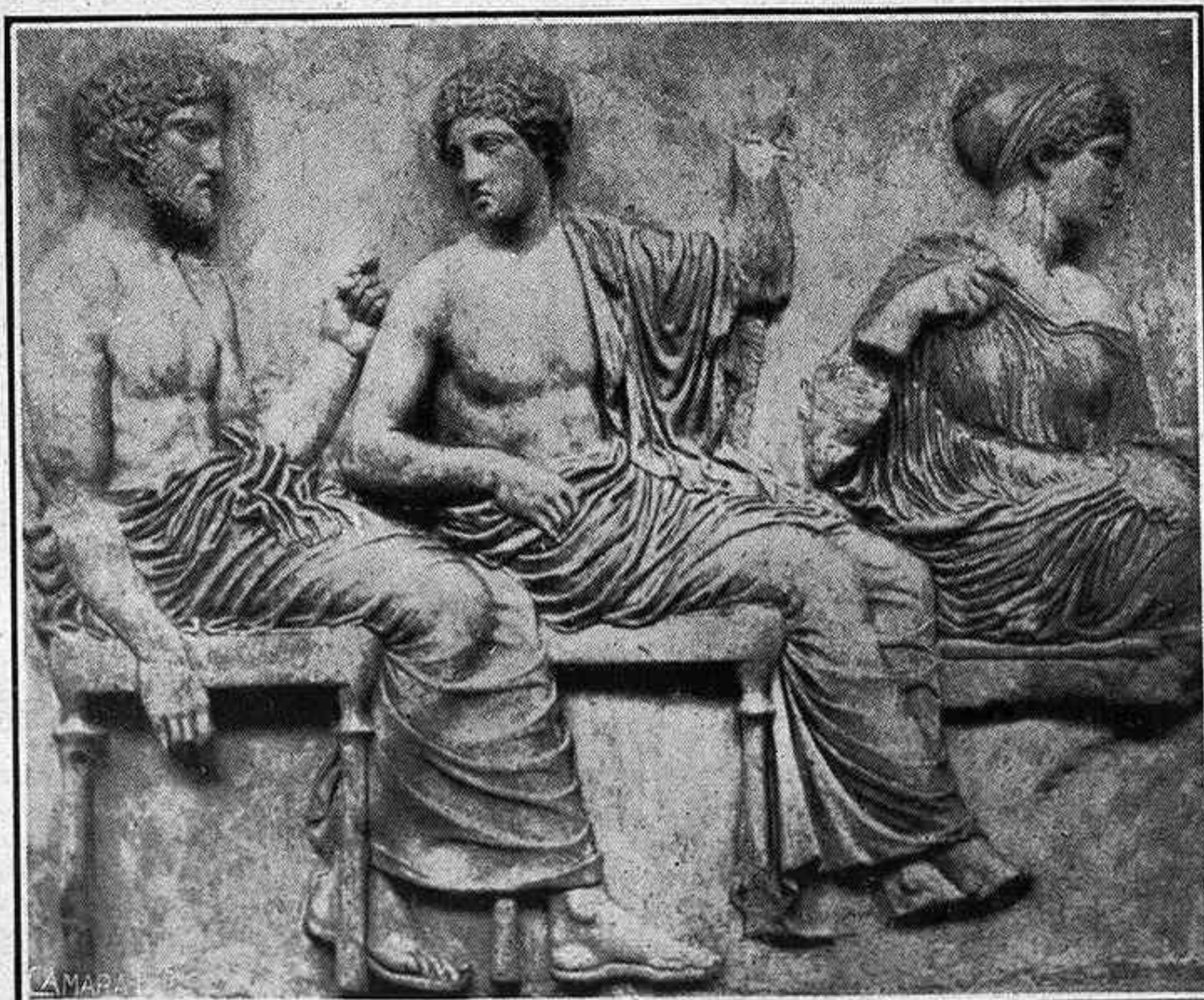
El arte griego no se conforma con la inmovilidad de las figuras de Egipto, serenas y contemplativas, ni con el drama elemental del arte asirio. Presta al hombre mayor independencia y le exige más acción en el espacio. El movimiento se acentúa y formula la voluntad; las pasiones humanas quieren ser expresadas. La alegría y el dolor, toda la pasajera historia del hombre, se transforma á las generaciones futuras.

La forma concuerda con el espíritu. El orgullo de ser un hombre se exalta. La Humanidad recae su admiración en sí misma y otorga su forma á los dioses, como expresión de su pensamiento libertado.

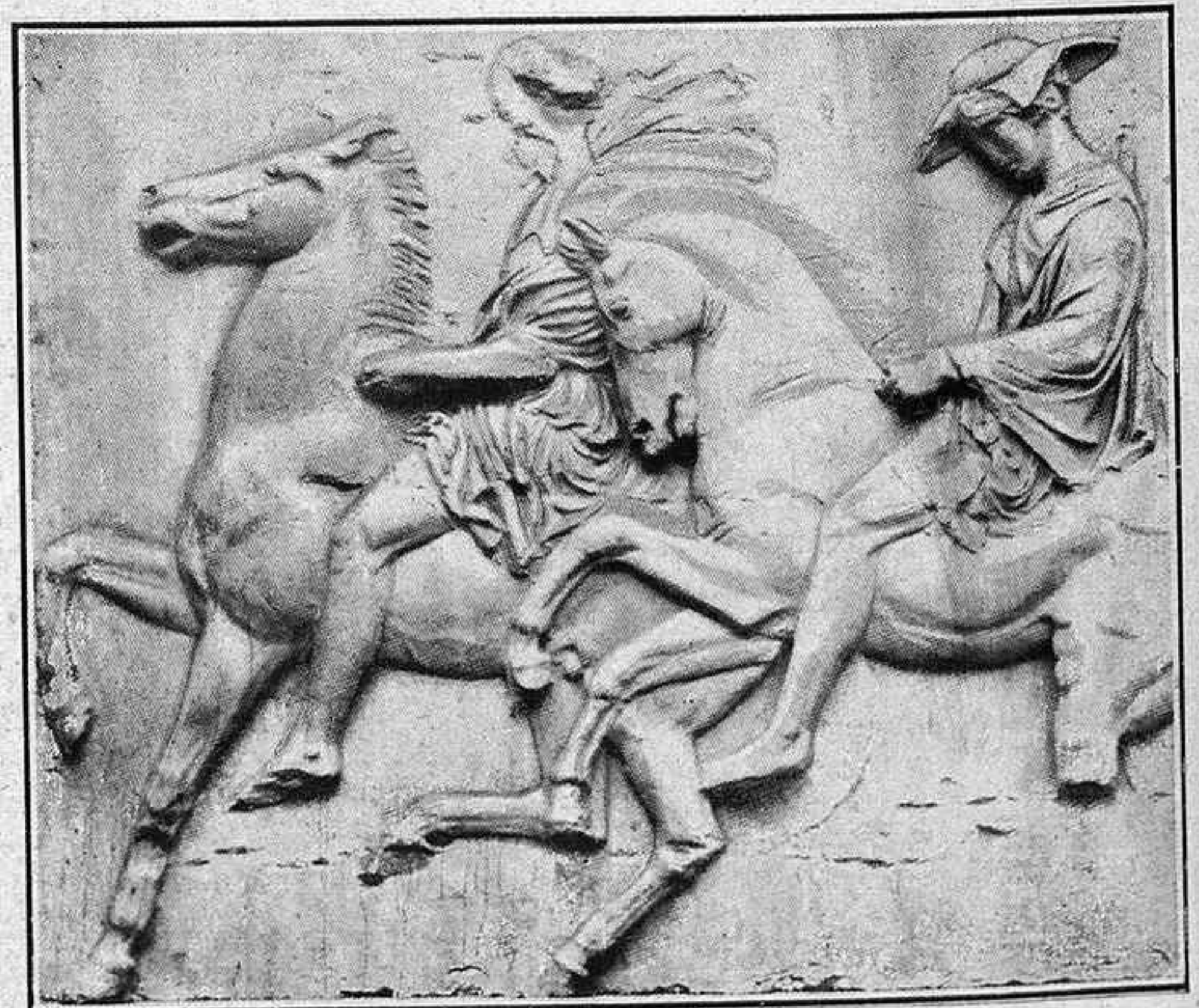
Los frisos del Partenón se despliegan en la luz. El fondo de los bajorrelieves asciende y desciende como una ola, acompaña los volúmenes, los une y sostiene, les recobra en su media tinta y les adelanta según las diversas proporciones del interés.

Hombres y bestias se agrupan, se explican las unas por las otras. Por todos estos cuerpos circula una savia única; una vida interior les llena, serpentea dentro de ellos, anima sus superficies.

Los caballos se disponen en lógicos acordes de formas y movimientos, unidos por una admi-

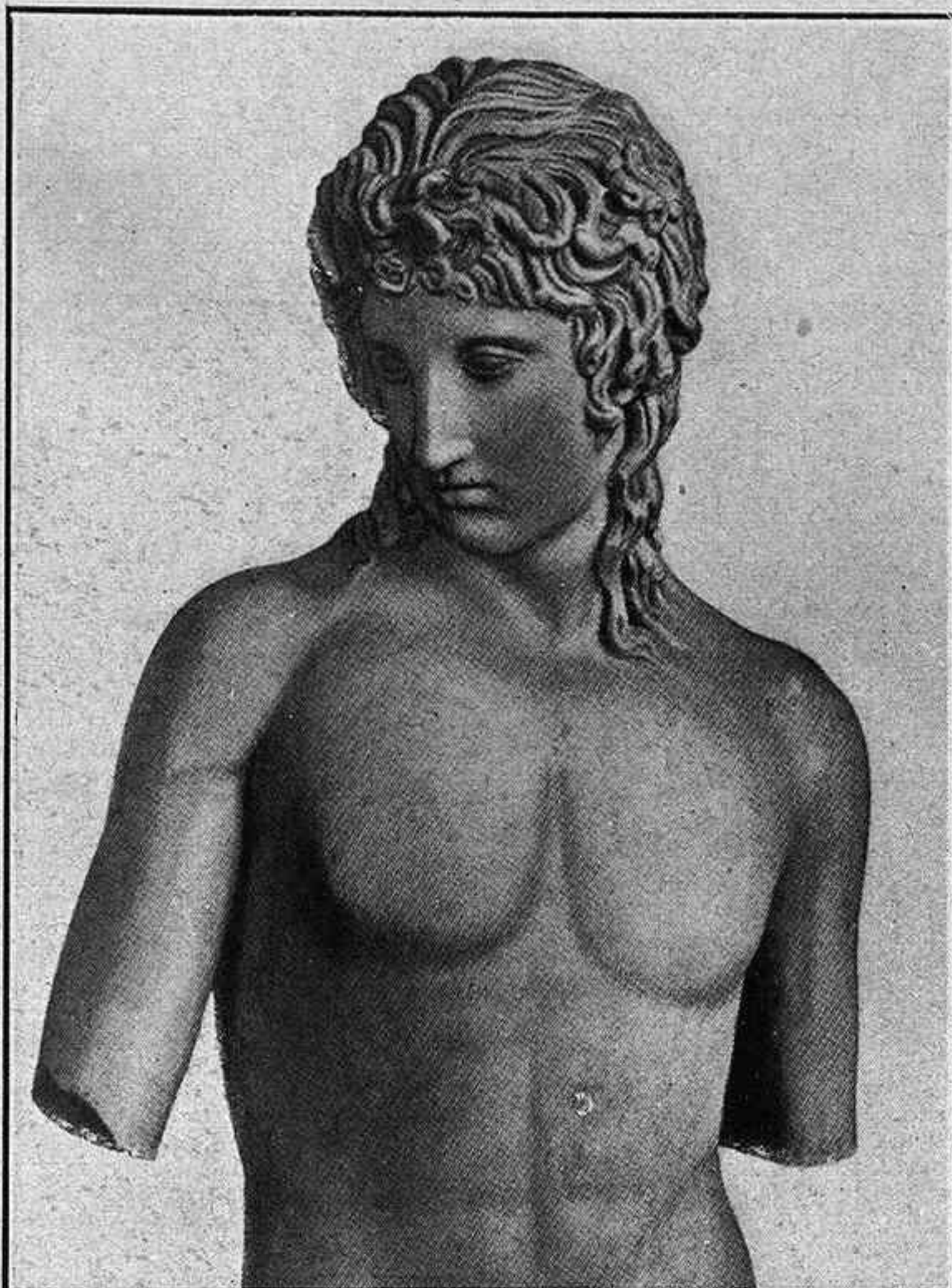


"Frisos del Partenón"





"Victoria"



"Apolo"



"Afrodita"

rable inteligencia de los salientes esenciales y de las necesidades expresivas. Una ingeniosa combinación de encuentros de las formas crea preciosos arabescos, nerviosas cinceladuras, donde la luz se fija en altivas aristas. Bellas engalladuras, grupas plenas, lisos flancos las dominan.

La forma humana, en la orgullosa posesión de una seguridad conquistada, muestra la armónica estructura. El deseo heroico de la acción decisiva, de la dominación, la plenitud pasional animan á todos los personajes con un impulso común.

Nunca se han inscrito con tan emocionante sencillez los gestos más directos, los movimientos más propicios á la glorificación de la belleza, de la proporción armoniosa, del entusiasmo de su alma, de todo cuanto, en fin, hace al hombre la criatura excelente del Universo.

□□□

Suaves olas persiguiéndose; árboles que se lanzan fuera de la tierra, con troncos rugosos ó lisos, que absorben la luz en sus planos lógicos; una brisa fuerte, sana, envuelve y reúne los granos de savia con la cual la eterna actividad de la tierra responde al sol. Así se aparecen las figuras de los frontones, símbolos de la inmortal juventud, de la inalterable potencia de los elementos creadores.

La luz se extiende sobre el pecho de un torso heroico, pasa de la ingle á la cadera mate y lisa, ilumina una piel densa y joven con arrogante voluptuosidad.

Como una ola que se rompe se realiza la figura contigua, vehemente y apasionada. Su poderoso modelado, mordido por el tiempo, roído por los elementos, luciendo á trozos como restos de esmalte, acentúa su vida interior que parece luchar con el Destino, afirmando la humana reivindicación.

Las mujeres se agrupan en sostén y caricias, formando parte unas de las otras.

Sus formas se desposan con delicados encuentros.

Como ondas se reúnen, se ligan entre sí, dulces y confiadas.

□□□

Venus: Amor y Fecundidad.

La mujer es el misterio admirable que recoge, forma y transmite la vida. El arte antiguo nos la da nacida del Mar, como la misma Naturaleza; es decir, como expresión del elemento por excelencia, del que contiene todas las fuerzas.

Se nos aparece sencilla y fuerte, volup-

tosa y reposada. El tiempo, que es su auxiliar, la presta paciencia y encanto; nada turba su tranquila espera.

Siente que lleva en sí el mundo y que nada prevalece contra la Vida, de la cual sólo ella dispone.

La cabeza es singularmente expresiva; casi siempre pasiva y fuerte; pero una vida cálida recorre todo su torso admirable, el pecho se infla en rica promesa, el vientre magnífico es una superficie movible y apasionada; los brazos lisos y plenos, hechos para sostener con ternura ó recibir dulcemente; las piernas bellas y fuertes, para llevar el porvenir.

□□□

Por lo general, casi nos parece impersonal el fragmento de caballo procedente de las excavaciones de Delfos, que se conserva en el Louvre; dos planos, el uno envolviendo el otro, forman el cuello que sostiene la cabeza; los ojos, las orejas, florecen con finas esculturas, los planos simples y expresivos.

Se piensa en los detalles que adornan los frutos enormes cuya corteza contrae una savia

imperiosa. Y es tan intensa la afirmación de la Naturaleza, nos penetra una afirmación tan grande en el eternal Infinito, que en seguida pasamos pensativos por delante de la Victoria de Samotracia.

□□□

En una dulce penumbra duermen los vasos de mármol.

Su forma les distingue de las estatuas, pero la misma ternura epidérmica les une. Son expresiones de formas vivientes, de apariencia simétricas, pero equilibradas en realidad como frutos.

Lanzadas hacia fuera por una fuerza interior, se modelan sobre ella, absorben la luz que se extiende sobre la superficie, surcada de pequeños planos, casi imperceptibles, pero que se revelan al tacto y nos dicen el motivo de esa luz suave, que se modula como un prado donde la hierba sigue el dibujo del suelo. La caricia de nuestra mano se fija en un parentesco que el contacto nos revela.

□□□

El sol de los tiempos antiguos parece haber penetrado estos mármoles.

Rebota y se mezcla á nuestra atmósfera.

Todo se anima, todo revive.

Los bellos recuerdos, paisajes acariados por la luz de los vésperos ó flameando en las grandes polvaredas solares, todo lo que nuestros sentidos pudieron concebir y descubrir, resurge prolongando nuestras sensaciones.

No hay más que una y sola fuerza, una materia única, que se revela á nuestros ojos en múltiples formas.

Y así como se reconoce al sér amado al menor contacto, te reconocemos.

Fuente de vida, ¡oh, Naturaleza, energía y embriaguez de nuestras almas!

Los hombres, las bestias, todos los seres se hallan confundidos en ti.

Siempre semejante á ti misma, te reconocemos en el calor que hace saltar el corazón.

Nuestra sangre, fruto de tu savia, se lanza impetuosa hacia su fuerte.

¡Nos lleva con un impulso heroico y apasionado hacia ti, alma antigua, alma humana!

EUGENIO CARRIERE

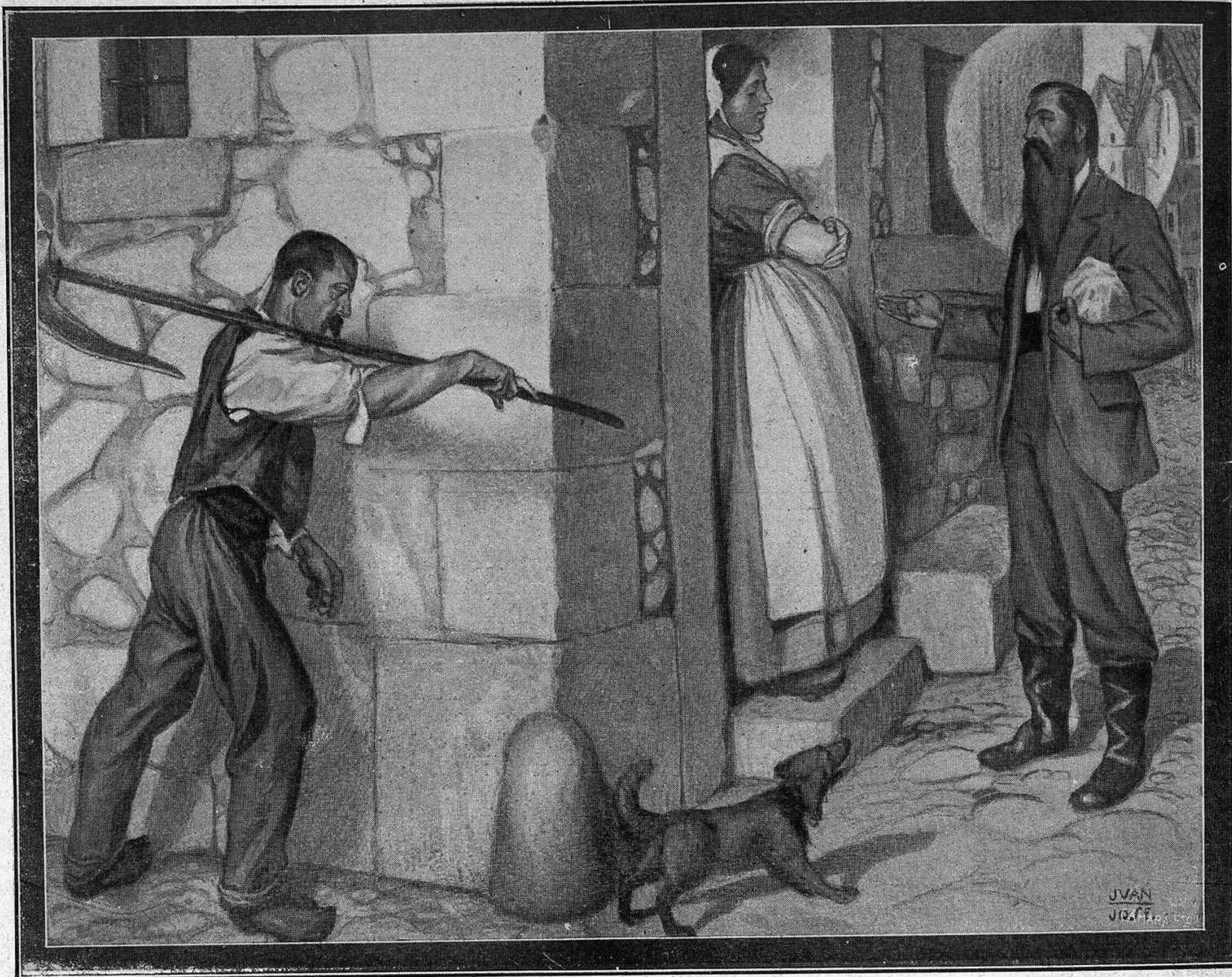
(Traducción de FORTUNIO)



"Cabeza de Afrodita"

CUENTOS EXTRANJEROS

EL VISITANTE



Supón que de pronto te hubiéramos divisado en el extremo de la calle. Aún me pregunto cuál sería tu vestido. Debajo del brazo izquierdo llevarías una camisa de franela envuelta en un periódico. Te la dieron en el camino, y no la rehusaste. No hubieras llevado pan en los bolsillos, porque era costumbre tuya sentarte sin más ni más á la mesa en cualquier casa. Unas aforjas pesan demasiado, y en cuanto á un maletín, no es cosa de la que su dueño se desprenda fácilmente. Además, tú no tenías nada que meter dentro.

Todo esto se habría sabido en seguida. En una de las casas del pueblo preguntarías el camino. Ya se habrían fijado en tí, y cada cual te hubiera juzgado según su conciencia.

Un niño hubiera dicho:

—Mamá, qué barba más larga tiene este señor.

Y la madre contestaría:

—Sí, y es de parecer muy apacible y dulce.

Entonces habrías llegado. Mamá saldría á abrir la puerta, y en seguida te pondrías á referir tu historia.

—A la fe, señora, que vengo de Moulins á pie. Primero pasé por Bourbon, y luego me extravié en los bosques. Al fin llegué á Gennetines. Allí los galocheros me dijeron: «Ahora el próximo pueblo es Cérilly. En llegando á la Cruz Blanca, os detendréis en casa del galochero. Los galocheros son buena gente.» Se rieron, me ofrecieron un vaso de vino; pero no lo acepté, porque no me place mucho el vino.

Mamá te habría contestado:

—Tanto he oído hablar de vos, que os he reconocido al punto. Vinisteis al mundo por Na-

vidad. Me acuerdo, porque había una estrella muy hermosa.

Y mi padre, al oír tu voz, habría acudido en seguida, sin tener tiempo siquiera de dejar la herramienta que tenía en la mano. Habría sabido que tú eras el Hijo de Dios, y hubiera dicho:

—¡Ah! Yo conocí á vuestro padre. No sé por qué se empeñan en decirnos que era carpintero; era aserrador de largo. Recuerdo que una vez yo atravesaba el bosque con un carro tirado por un asno. Vuestro padre trabajaba con otro hombre muy cerca del camino. Yo bajé del carro, y hablamos un buen rato.

Y mamá hubiera dicho con viveza:

—Pero, en fin, bien podrías dejar la herramienta para contar todo eso.

Tú te hubieras reído, y ella continuaría:

—Pero ¡qué tonta soy! En primer lugar, debéis tener sed, y luego ganas de comer.

Tú habrías contestado:

—A la fe, señora, que no tengo sed. Sé descubrir muy bien las fuentes. Pero no estaba sediento. A ambos lados del camino y en toda su longitud no se veía más que trigo. Es tan hermoso el camino, que no se piensa en el trabajo; no parece sino que la tierra produce directamente el pan blanco. No, señora; lo que me duele son los pies. Desde el amanecer hasta ahora he recorrido cuarenta kilómetros.

Sólo unos cuantos días después nos hubiéramos dicho: «De todos modos, bien habríamos podido bajar el sillón del cuarto de arriba, para que descansara mejor.»

Hubiéramos puesto un mantel en la mesa.

Tú habrías exclamado:

—Pero, señora, vaya una manera de molestaros.

A pesar de todo, te lo aseguro, hubiéramos puesto un mantel. Y mamá hubiera dicho aún:

—El caso es que no puedo ofreceros gran cosa. En fin: siempre habrá una tortilla, lechugas y queso. Pero no, aguardad: voy á buscar un poco de jamón y embutidos.

Tú te hubieras opuesto á ello.

—Eso no, señora. En verdad que si me hubiese figurado que había de causaros tanta molestia, no habría querido detenerme.

Y entonces, á pesar tuyo, hubiera ido á la tocinería.

—Estáis cansado, y es preciso que comáis algo que os conforte.

Y mi padre hubiera dicho aún:

—Dijisteis al entrar que no os gustaba mucho el vino; pero aunque no os guste mucho el vino, beberéis, porque eso da fuerza.

Entonces tú, sonriendo cándidamente, habrías exclamado:

—¡Pero si estoy acostumbrado á la miseria! ¿Acaso creen que en todas partes me cuidan como aquí?

Y todos nos hubiéramos puesto ya muy contentos.

En pocos bocados habrías despachado la comida, sin glotonería, sólo para saciar el hambre. Y no te hubieras olvidado de hablar mientras tanto.

—Ya veis que el ideal de hoy día no es el ideal de los jóvenes á lo Balzac: éstos aspiraban á la fortuna, á la gloria y al amor. Por lo que al amor se refiere, sólo os diré una palabra: En verdad, podéis creerme que no se recibe el amor, sino se otorga. Por lo demás, ya veis lo que me ha pasado á mí. Un día Satanás me tentó tres veces.

JUAN
JO. F.

Hacia varios días que no comía nada. Vino entonces á mí, porque siempre sigue á los hambrientos, y me dijo: «Si eres el Hijo de Dios, manda á estas piedras que se cambien en panes.» Yo contesté: «¿Y qué dirían de mí los que no puedan transformar en panes las piedras?» Entonces me llevó hasta la cumbre del Puy-de-Dome, desde cuya altura se veía toda Francia, y me dijo: «Si te inclinas ante mí, haré que te nombren rey.» Entonces, yo me rei, sólo de pensar en ello. Luego me enseñó un precipicio, y me dijo: «Si eres el Hijo de Dios, échate en este abismo, pues está escrito que él mandará á los ángeles que vengan á tomarte en sus brazos.» Yo le contesté: «Tú no sabes que yo no he venido al mundo nada más que para ser un hombre como son los demás hombres. De entonces acá he pensado mucho en el realismo. No, sabedlo de una vez: yo no pertenezco á la raza de los ricos. Y si no, he aquí una breve anécdota; estoy seguro de que vosotros vais á reconocerlos en ella: Conocí en París á un escritor pobre que siempre se decía á sí mismo: «¿Cuánto dura esto!» Un día se le presentó un buen negocio: uno de sus libros le debía producir varios miles de francos. Dejése arrastrar por la idea de hacer un viaje y abandonar para siem-

pre la oficina donde estaba empleado. Luego, al cabo de algún tiempo, como el negocio no diera resultado, alguien le dijo: «Debisteis sentir una gran contrariedad.» A lo que él contestó: «¡Ay!, no podéis figuraros, caballero, qué interior alegría, qué placer tan profundo y como orgánico me invadió de pronto; me parecía que dos manos me alzaban para llevarme de nuevo á reunirme con los de mi raza.» También he conocido al hijo de un obrero que ganaba mucho dinero, y que decía: «No hay que envidiarme; sin esfuerzo alguno y por cualquier cosa tomo un coche, como opíparamente y fumo cigarros puros de á 35 céntimos. Pues bien: ¿queréis que os confiese la verdad? Aún no he podido hallar el equilibrio. Durante toda mi vida me parezco á un obrero que está de huelga.»

Todo esto lo habrías dicho sin pararte, acompañando las palabras con los gestos. Y nosotros no hubiéramos podido menos de pensar: «¡Ay!, cuando los hijos de los obreros tendrán una instrucción bien sólida.» Claro es que al hijo del notario se le conoce en seguida que es coronel; pero lo que es éste, fijaos cómo habla. Se le conoce que es más que un general. El otro está condecorado, pero éste no tiene la menor traza de orgullo.

Y todo esto nos llevaría á lo importante de la cuestión. Mi padre te preguntaría:

—¿Sois verdaderamente el Hijo de Dios?

Y tú habrías contestado:

—Sí, lo soy.

Y entonces bajarías los ojos y te sonrojarías modestamente.

En aquel momento mi hermanita y yo volveríamos de la escuela. Y tú habrías exclamado:

—He aquí dos chiquitines. Ven, Luisito mío, y tú también, Luisita mía.

Porque tú habrías sabido nuestros nombres.

—Venid á mí, venid, que quiero besaros á los dos.

Tú me hubieras besado en la frente, y yo habría sido genial para toda la vida. Tal vez hubiera escrito los Evangelios. Hasta me parece que me habrías hablado de ello.

—Mira, pequeño: si te portas bien y te aplicas mucho en la escuela, cuando seas mayor te emplearé en redactar mis Evangelios.

¿Me habrías evitado tantas fatigas! Y, sobre todo, yo me hubiera dedicado á una obra muy hermosa, y que me complacía mucho.

Entonces me hubiera sentado en mi sillita sin temor alguno; habría encogido un poco los brazos y las piernas, porque siempre los niños tienen miedo de estirarlas demasiado. ¿No adivinas lo que voy á decir? Yo bien sé que se te quiere por tu corazón, y que hubiera sido algo así como un amor con correspondencia. Pero podría decir de qué modo estabas formado. Y tanto te habría mirado, que no hubiera necesitado volverte á ver para recordarte. Tenías la barba jara y, como siguiendo su natural pendiente, dejándola crecer á su capricho. Tus ojos...; hay ojos siempre activos, zahoríes, cuya mirada os vigila, imperativa, y se antepone á la persona

que la emite. Pero tus ojos no eran así. Tus ojos vivían en ti, eran la doble ventana de tu mansión, y los que te miraban procuraban acercarse á ellos para ver tu interior. De este modo te ganabas á los hombres. Se veía en seguida que tus ojos comunicaban directamente con tu corazón, y que ya no podía uno apartarse de él. ¿Conoces los frescos licores de tu tierra oriental? Aquel que pone los labios en la copa que les contiene, ya no puede defenderse contra ellos, y los beben sorbo á sorbo, hasta agotarlos. Así eran tus ojos. Tus mejillas tenían ese rojo ladrillo, por el largo tiempo que pasabas al aire libre. Se adivinaba la sólida soldadura de los huesos de tu cráneo. En verdad que tu aspecto y tus ademanes eran los de un hijo de carpintero.

Yo lo hubiera mirado todo, y todo lo habría grabado en mi memoria, y habría tenido pensamientos como éste: «Por poco me olvido de anotar cómo son sus manos.» Y te hubiera descrito entonces hasta con todos los detalles de tu carne. No habría necesitado ser mujer para sentir el deseo de ungió con perfumes tus cabellos.

Todavía hubieras hablado más; hubieras dicho cosas como ésta:

—No hace falta estudiar la cuestión. Se ve con los ojos cerrados que la razón está de parte de los pobres.

Como todo lo notabas; como te interesabas hasta por los niños, notarías entonces que yo te estaba escuchando, y me dirías:

—Hay que oír mucho á los demás, amiguito mío.

Luego, sin preámbulos ni preparando el efecto de la frase, dirías:

—Y á propósito de escuchar: me parece que hace ya mucho tiempo que estoy hablando. Ya veis que no me aburro con vosotros, pero debo irme. Aún he de atravesar el bosque para encontrar á los leñadores. Debo hallarles al salir del trabajo, y tengo que decirles muchas cosas.

Y como tú ya eras para nosotros un personaje importante y te obedecíamos, no hubiéramos insistido para que te quedaras.

Te habrías ido, pero habrías venido.

Yo no sé á punto fijo cómo pudiera ser esto. Los cuatro hubiéramos estado sentados alrededor de la mesa, y tú serías la natural pendiente de nuestras almas.

Un día, tras largo silencio, sin que ninguno de nosotros hubiese dicho nada acerca de ti, mi padre diría:

—No comprendo por qué gritan contra él. Todo lo que dice es perfectamente justo.

Algo más tarde, nos hubiéramos acordado de tus palabras; algo más tarde, las hubiéramos comprendido. Y como de primera intención no lo dijiste todo, incluso nos hubiéramos visto torpes y confusos ante las cosas. Claro es que esta incertidumbre no hubiera durado mucho tiempo, porque habríamos hallado soluciones semejantes á las tuyas.

Tú dijiste:

—Yo no soy el Consolador, pero os enviaré al Consolador.

¿No era así, tal vez, como tú lo entendías?

Charles-Louis PHILIPPE

DIBUJO DE JUAN JOSÉ

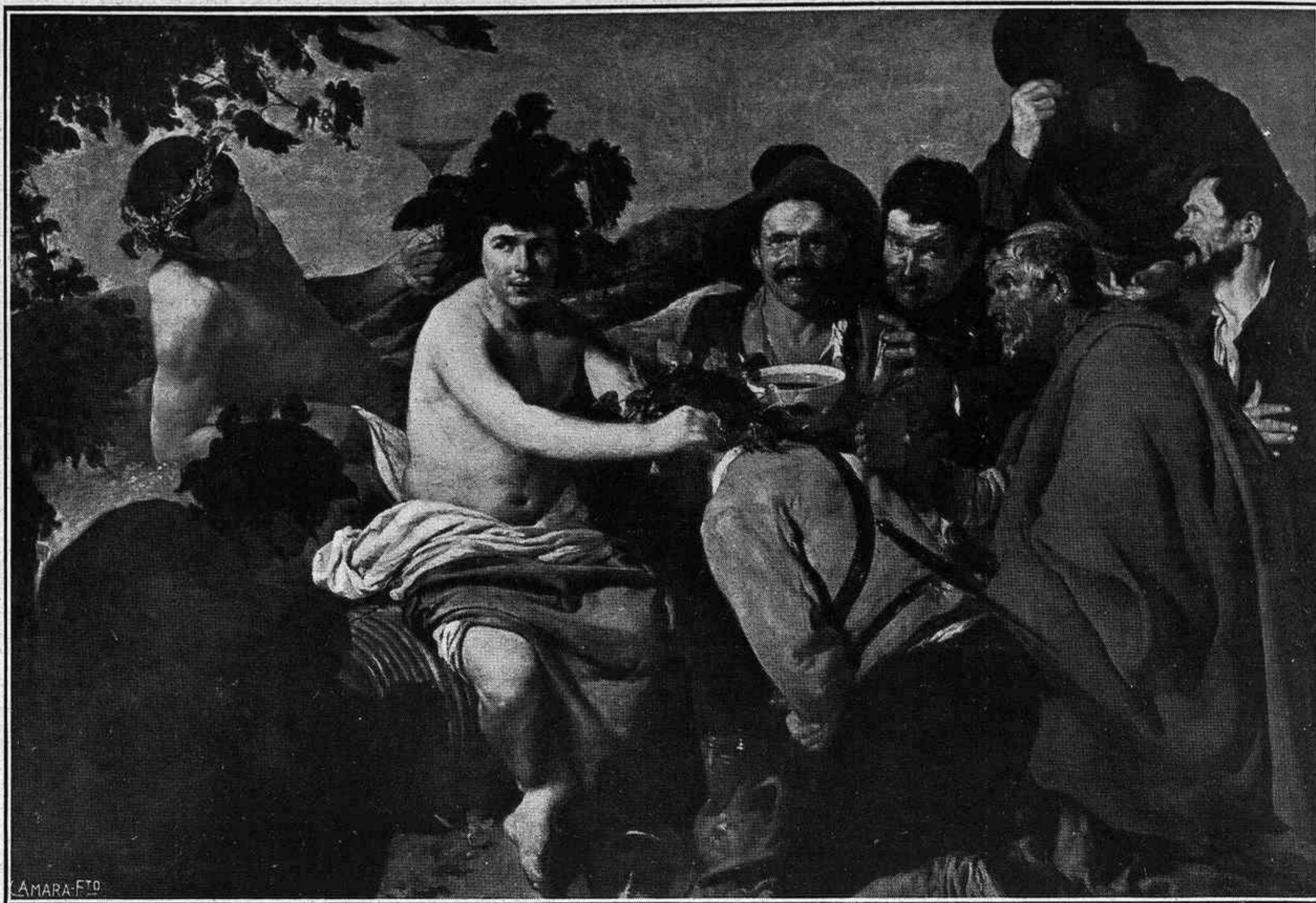
ARTISTAS DE ÓPERA



De nuevo ha vuelto la Insigne Genoveva Vix á la escena del teatro Real, donde tantos triunfos viene alcanzando desde hace algunas temporadas. Admirable cantante y no menos admirable actriz, sus interpretaciones de "Manon", "Thais" y "Louise" han podido ser señaladas como tipo; alguna de ellas será muy difícilmente superada. Para la filarmonía femenina tiene además la Vix un especial atractivo, y es la elegancia y la distinción supremas de esta parisina exquisita.

FOT. DERREY

ANTOLOGÍA DEL VINO



"Los borrachos", célebre cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

EN este trance melancólico del destronamiento y destierro de Baco en los Estados Unidos, se me ha ocurrido componer una pequeña antología del vino.

«No beberás ningún vino que embriague», ordena un mandamiento budista.

En el Korán leemos: «En cada uva del racimo habita un diablo.»

Cualquiera diría que la ley prohibiendo el consumo de brebajes alcohólicos—ley de carácter religioso más bien que de esencia política—se ha dictado en un país mahometano ó judío, y no en una democracia occidental.

En el *Otelo* de Shakespeare hallamos unas líneas semejantes á la máxima del Korán: «*Oh thou, invisible spirit of wine; if thou has no name to be known by, let us call thee devil.*» Oh, espíritu invisible del vino; ya que no tienes nombre que te designe, te llamaremos diablo.

La Biblia, lejos de mostrarse severa con el vino, como el Korán y el Código de Manú, incita á la libación, siempre que el vino sea bueno. El salmo 104, versículo 15, dice: «*Vinum bonum laetificat cor hominis*»: que el corazón humano se alegra con el buen vino. Cristo, en las bodas de Canaán, convirtió el agua en vino, y en la última cena lo convirtió en su propia sangre.

Griegos y romanos fueron muy aficionados al vino. Un proverbio griego, ó frase sacramental de los holgorios y alegres compañías, era: «O bebe ó vete.»

Hay una sentencia helénica que pasó á sentencia latina y luego á sentencia universal. Aquella que, según la tradición, campeaba en el frontispicio del santuario de Delfos: «*Gnothi seanton, nosci te ipsum*»: conócete á ti mismo. Melliza de esta sentencia, por lo profunda y perdurable, es aquella otra: «*En oina aletheia, in vino veritas*»: la verdad reside en el vino.

A esta cualidad, así ética como estética y filosófica de contener la verdad, debe aludir Homero cuando advierte que el vino hace vender secretos, opinión que oímos muchos siglos después de labios de Don Quijote. Por su parte, Homero era dado al vino, si hemos de creer á Horacio, un gran vinolento también, que dice: «*Laudibus arguitur vini vino sus Homerus*»: de cómo el vinoso Homero alababa el vino.

Horacio conocía lo desastroso del vino con exceso, maligno como la cólera: «*vino tortus et*

ira», retorciéndose bajo los efectos del vino y de la ira, escribe de un borracho. Horacio era partidario de beber vino á pasto, pero con moderación, fruición y holgura. No en balde vivía Horacio no lejos del divino terruño en donde se daban los más exquisitos caldos de entonces. «*Hic*—según expresión de Floro—*amici vitibus montes, Gaurus, Falernus, Massicus et pulcherrimus omnium Vesuvius*»: allí los montes amigos de la vid, el Gauró, el Falerno, el Masico, y más hermoso que todos, el Vesubio.

Los versos de Horacio son también, como los montes de la Campania, amigos de la vid. A cada paso, en torno á sus versos, de robustez rolliza ó gentileza de álamo, vemos enlazarse la gracia efímera y versátil del pámpano. «*Nunc vino pellite curas; eras ingens iterabimus aequor*»: ahuyentemos de momento las preocupaciones por medio del vino; mañana navegaremos sobre el ingente mar; he aquí la regla de conducta para Horacio. Esta regla la repite de continuo, con diversidad de locuciones: «*Sapias, vino liques, et spatio brevi spem longam reseces*»: sé prudente; filtra tus vinos y no consientas que en el menguado lapso de tu vida se alberguen esperanzas copiosas. Pero quizá el criterio de Horacio tocante al vino se contiene más cumplidamente que en otra parte en la oda XVI del primer libro, dedicada á Varo: «*Librate, Varo—dice Horacio—, de plantar árbol alguno antes que la sagrada vid, pues un dios (Baco) ha condenado á las más duras penalidades á aquellos que no beben. Los roedores cuidados no se disipan sino con vino. ¿Quién habiendo bebido se lamenta de la pesadumbre de la guerra ó de la pobreza? Por el contrario, se pone á cantar en tu honor, padre Baco, y en el de la bella Venus. Pero ay de aquél que traspasa los límites de moderación que el dios impuso en el goce de sus dones. Acordáos de los sangrientos combates entre Centauros y Lapitas, á quienes la embriaguez hizo empuñar las armas...*»

Una circunstancia curiosa es que Horacio en esta oda denomina á los abstemios ó sobrios con un término paralelo al que se usa en los Estados Unidos: *siccis*, secos. Ciceron opone *siccis* á *vinolenti*.

Ovidio resume la noción horaciana del vino en cortas palabras: «*Data tempore prosunt, et data non apto tempore vina nocent*»: el vino

aprovecha ó daña, según se toma en buena ó mala coyuntura.

El jocoso Plauto dice del vino: «Es un gran luchador, pues lo primero que hace es agarrarse á los pies y echar la zancadilla»: *pedes captat primum*.

En dictamen de Publio Sirio, «el vino ha ahogado más hombres que el mar.» Y Plinio enumera las enfadosas consecuencias del vino: «manos temblonas, ojos llorosos, noches desazonadas y con pesadillas, aliento hediondo al siguiente día y olvido de todo». Por asociación de ideas saltamos de Plinio á Schiller, que dice: «El vino tartamudea.» Y ya que se trata de un autor dramático, volvamos al más grande de todos, á Shakespeare. Es fama que Shakespeare fué un gran bebedor. Sin embargo, apenas si menciona el vino en sus escritos. Una de las escasísimas menciones ya la hemos reproducido más arriba. Otra, que ha llegado á constituirse en refrán, aparece en el epílogo de *As you like it*, y reza: «*Good wine needs no bush*», como si dijéramos: la buena taberna no necesita ramo á la puerta.

Y ya que ha salido á cuento la taberna, recordemos las dos famosas redondillas de Baltasar Alcázar:

«Si es antigua ó es moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fué
la invención de la taberna.»

Y:

«Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y al cual otros llaman vino
porque nos vino del cielo.»

Lord Byron compuso un dístico ó aleluya que bien pudiera haber firmado Horacio.

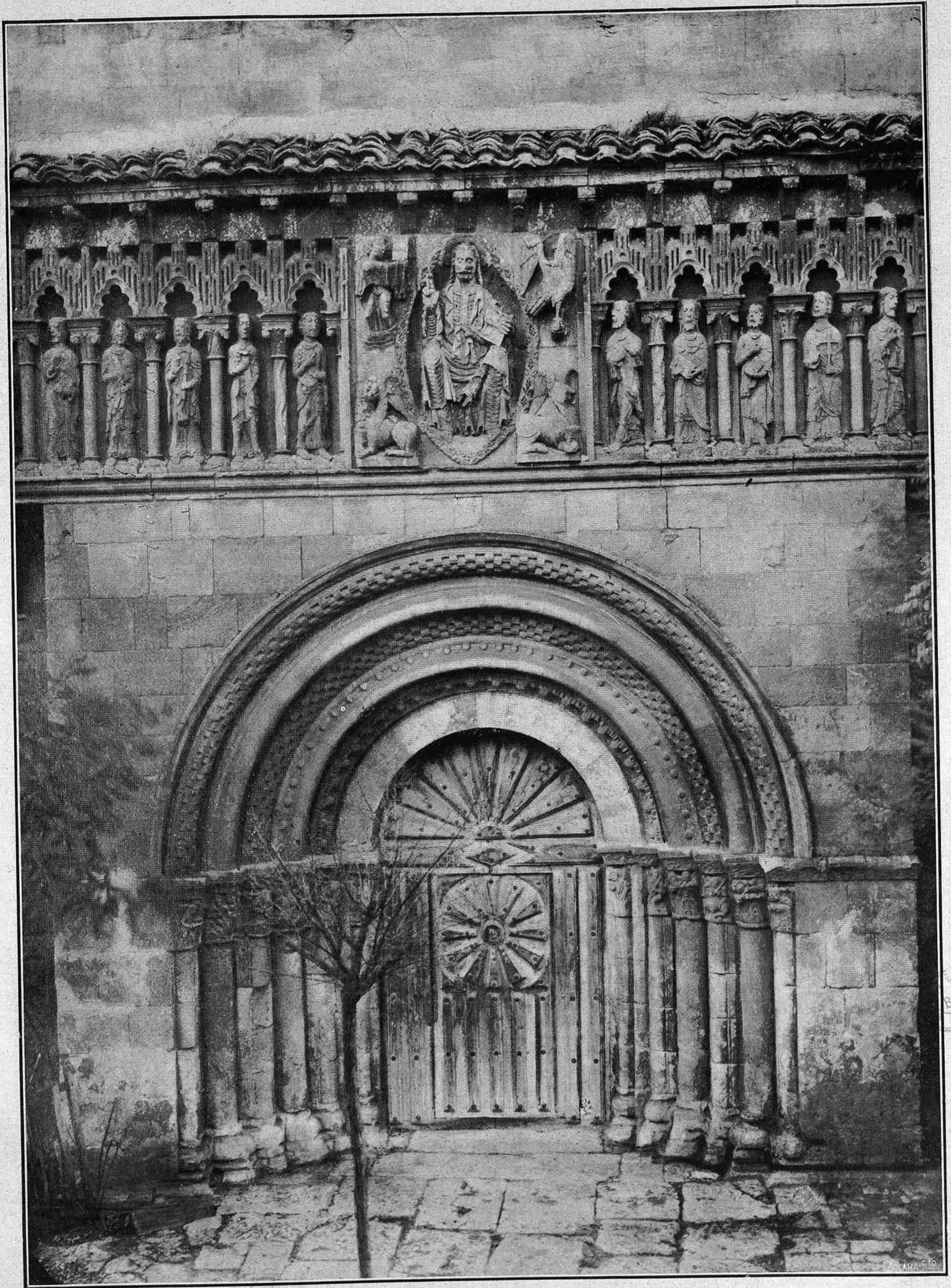
«*Let us have wine and women, mirth and laughter.
Sermons and soda water the day after.*»

Hoy, mujeres, vino, juerga y carcajadas. Quédense para mañana los sermones y el agua de Seltz.

Jorge Meredith habla de la magnanimidad del vino. Para Milton los grandes señores son más señoriles después de haber bebido, «*lords are lordiest in their wine*».

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

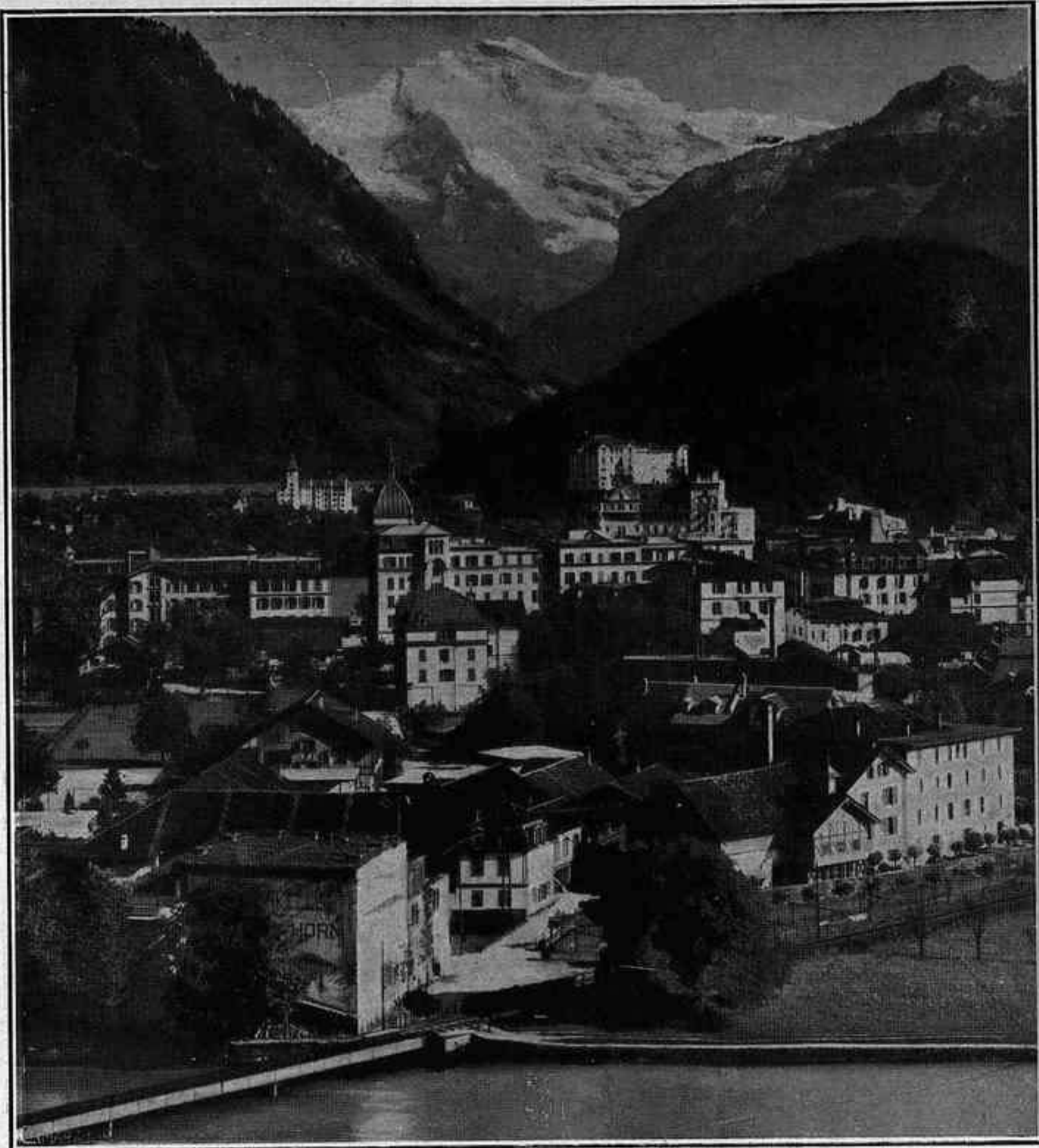
ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PÓRTICO DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE MOARBES (PALENCIA), NOTABILÍSIMO EJEMPLAR DEL ESTILO ROMÁNICO,
Y CUYO VALOR ARTÍSTICO ES EXTRAORDINARIO

FOT. LUIS R. ALONSO

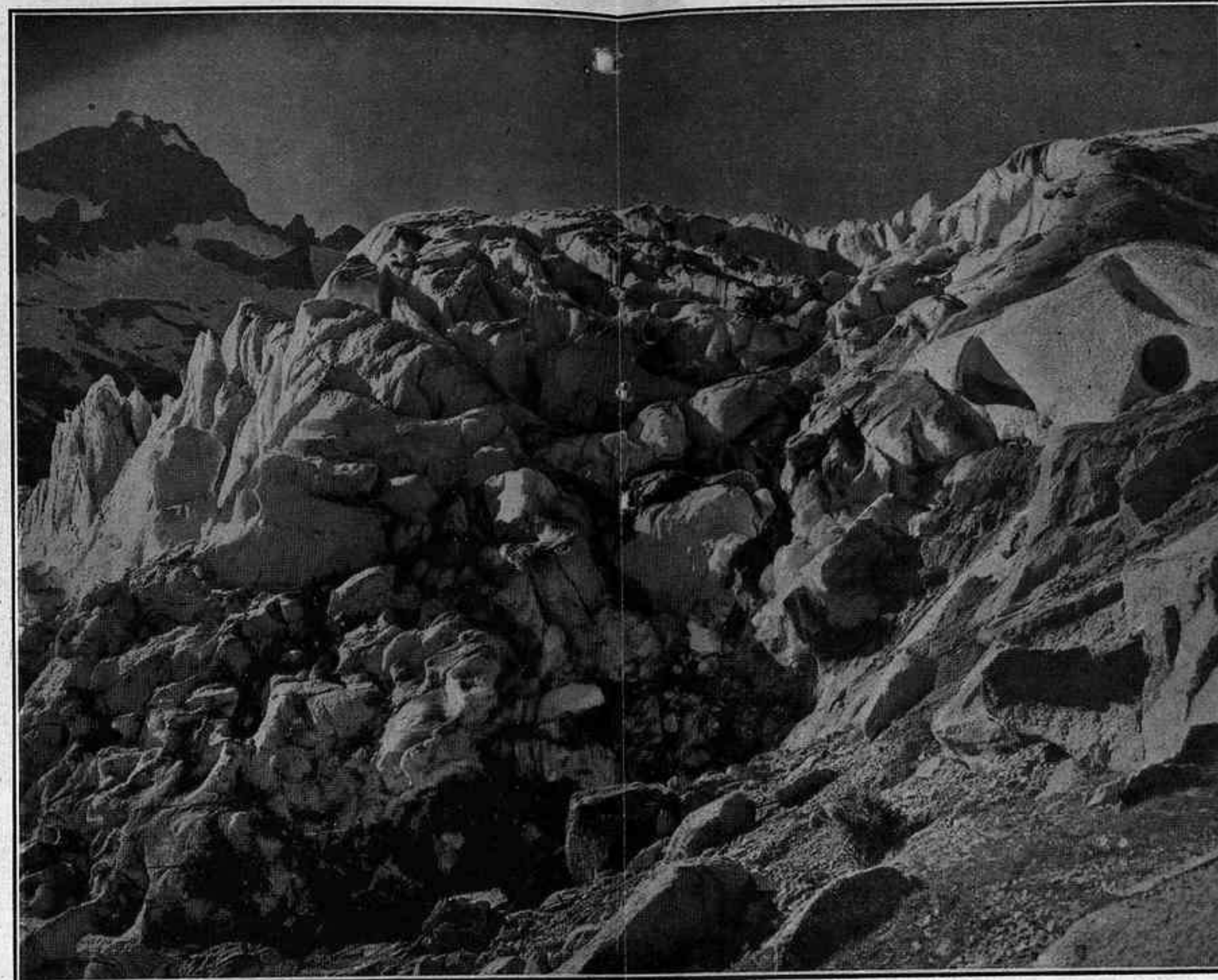
BIBLIOTECA
MADRID



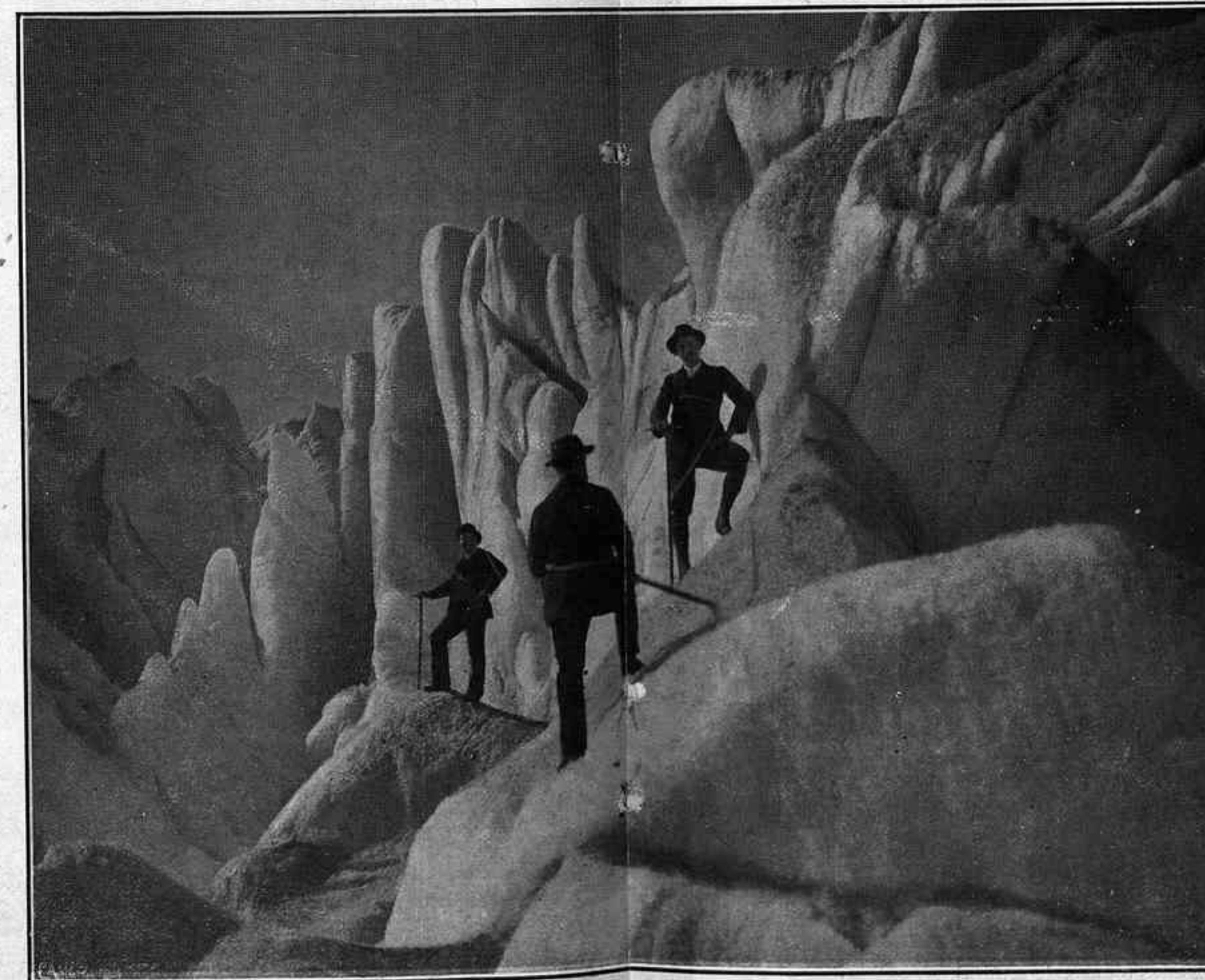
Vista de Interlaken y de la "Jungfrau" (4.167 metros de elevación)

CONTRASTANDO con la intensa vida invernal suiza, los meses del estío son allí de una tristeza abrumadora. La vida suiza durante la breve estación canicular se refugia, efectivamente, en las montañas. Allí va todo ese mundo desocupado y frívolo que derrocha el oro y el tiempo. Evoquemos ese cuadro. Las ciudades quedan casi desiertas, animadas sólo a las horas en que se cierran las oficinas, y sobre las calles se desborda ese río impetuoso de empleados enfundados en severos trajes negros, de muchachas rubias y gruesas, vaporosas y un poco coquetas bajo la transparencia perturbadora de los vestidos blancos. La *maladie de la montagne*, que consume siempre a este pueblo, y a la que ahora, en pleno invierno, no puede hacer frente, llega a su período agudo en el verano. El que no puede hacer una excursión siquiera de seis días, la simula. Se fingirá enfermo para que sus amistades no le vean, ó procurará pasar por aquellos lugares de la ciudad meñeros frecuentados, á fin de que los que ya están de retorno le crean disfrutando de los aires puros de la cumbre. Y no se piense que son solamente los ricos, los acomodados, los de amplia posición económica, no. Es la clase media, los empleados humildes, los obreros, toda la población, en fin. No ir á la montaña, no hacer anualmente una ascensión á un *horn* cualquiera, resulta algo humillante y vergonzoso. Así, las caravanas excursionistas de Junio, de Julio y Agosto ofrecen un pintoresco aspecto de heterogeneidad. Ahora, durante el invierno, son los tuberculosos y los millonarios los dueños de la montaña. Pero el verano es más democrático y bondadoso: echa de sus casas á todos los que sufren la sed inextinguible de la aventura viajera. Al encontrarse á los amigos y conocidos en cualquier *patisserie* se observa mayor efusión en los saludos. Todos tienen una amable sonrisa, y en el gesto, amplio, insinuante y dulce, se adivina el deseo de una charla fugaz. Y es que todos anhelan referirse las peripecias de su excursión, deslumbrarse con los paisajes que contemplaron sus ojos, maravillarse con las audacias de una ascensión arriesgada. Las descripciones carecen de originalidad: son las mismas escenas, las mismas aventuras simples de la lucha con el *glacier*, las mismas etapas de un año y otro año, repetidas en una monotonía de salmo.

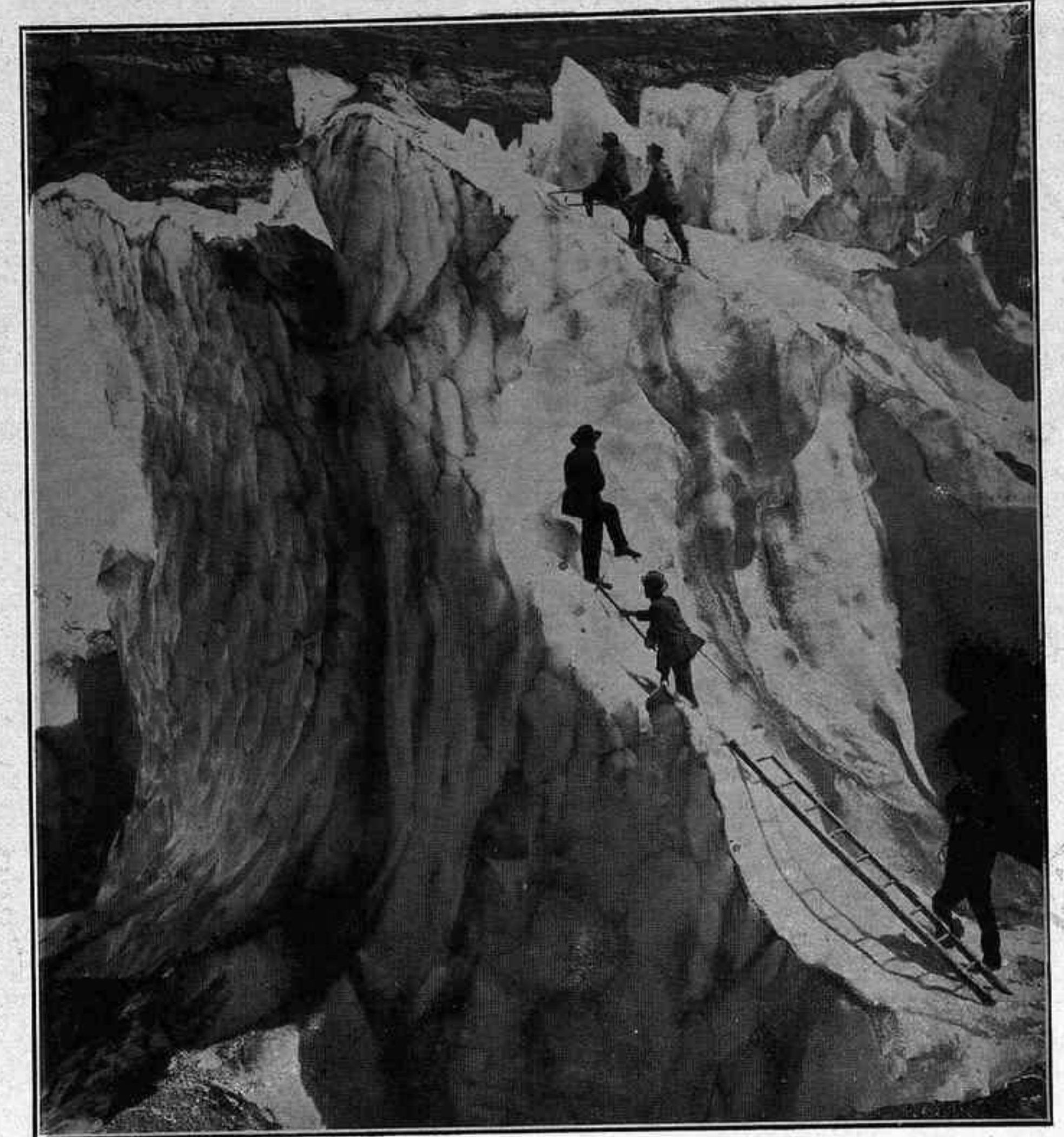
Mas el hechizo todopoderoso de los días estivales consiste en las caricias del sol, en esta época del año tan esquivo. Se bendice y se ama al buen padre, no por bello ni porque bajo su llamarada ardiente toda la tierra se enoja y se perfuma con un refinamiento de amante, sino porque el sol, incorregible galante que no conoce las fatigas, es un perverso, un cruel y delicioso amigo que, sabedor de los infinitos caprichos de la mujer, marca en su cuerpo, al besarla, huellas indelebles... El sol tiene, para la mayor parte de las mujeres de esta raza, un prestigio mayor que el de San Antonio en el alma ingenua de nuestras lugareñas. Porque San Antonio puede dar un novio ó un marido, y en cambio el sol, embelleciendo, quemando, marcando horriblemente la piel, dará la admiración de todas las miradas masculinas. Es tal y tan grande el deleite que experimenta aquí la mujer en ser morena, que la que ha logrado, después de largos días de campo y de aire libre, cambiar el color natural de su epidermis, apenas prestará atención al acicalamiento de su persona. ¿Para qué, si los encantos de la carne quemada son más que suficientes para hacerla dueña y señora del Amor?... Los meridionales no comprendemos ni podemos explicarnos, por más esfuerzos que realicemos, esa extraña preferencia femenina. Pudiéramos atribuirla á la guerra, á la influencia incontestable que ejerce sobre la moda cuanto tenga algún aspecto de varonilidad y de vida fuerte y activa. Pero en seguida rechazamos la hipótesis, si tenemos en cuenta que esa devoción irrefrenable hacia el color moreno de la piel no es de hoy, sino que tiene su origen en tiempos remotísimos. Yo más bien creo que todo obedece á la leyenda de pasión, de bravura y de amor que estas gentes se han forjado de las tierras — misteriosas y lejanas para ellas — donde



Ventisquero del Ródano



Pasando el ventisquero superior del Grindelwald



Ascensión del Schreckhorn ("el pico temible")

el sol, como una flama celeste que resiste victoriosa el cambio de las estaciones, brilla con el mismo esplendor en el júbilo estival que en estas melancolías de Diciembre...

Allá van, camino del río, de la montaña ó del lago, grupos incontables de muchachas. Algunas se hacen acompañar de sus novios, y otras, románticas ó adustas, marchan solas, manteniéndose á cierta distancia de la caravana bulliciosa. Una vez en el *sommet* del monte, cada una busca aquel lugar donde supone que su cuerpo, tendido é inmóvil, recibirá mejor la ardiente caricia de los rayos solares. Si la excursión se realiza con el propósito de hacer á la vez algún ejercicio natatorio, entonces todas se acostarán al borde mismo de las aguas, adormeciéndose en la dulzura de la canción incomprensible que repite la corriente, fugitiva como el eco de un beso. Y durante cinco, ocho ó diez minutos nadie se mueve, nadie habla, nadie tiene el valor de romper con un gesto ó una palabra torpe el milagro de aquella suprema conjunción. Luego, al remate de esos breves minutos, los cuerpos blancos, ya ligeramente marcados por la primera caricia del sol, se alzan gallardos, y las cabelleras rubias, cayendo á lo largo de las espaldas aún intocadas por el insaciable acariciador, dan la impresión de una pequeña fronda ardiendo en la tersura inmaculada de un mármol...

Y más tarde, inesperadamente, caen sobre las aguas frías aquellos cuerpos todavía calientes, palpitantes de una emoción dolorosa. Rien de nuevo los labios sensuales; se agitan los brazos en largas contorsiones, y en el fondo oscuro de la gran planicie inquieta, como apariciones de tentación y de tormento, las siluetas ondulantes fingen un inmenso ejército que viene al asalto de nuestra tranquilidad...

La misma operación se repetirá por varios días. Ellas acuden á tomar sus baños de sol con la paciencia, la serenidad y la convicción perseverante de quien, convencido de la importancia de una tarea cualquiera, la realiza á las mismas horas, sin desmayos ni perezas vergonzosas. Después, cuando la temporada há terminado, cada una podrá ostentar, llena de orgullo, la traza del sol sobre su cuerpo. El sol ha sido bueno y complaciente como un viejo que, por haberlo visto todo, no se sorprende de nada y accede sonriente á los caprichos femeninos. El besó con deleite enfermizo los cuerpos blancos; adornó de líneas negras las nevadas carnes que se ofrecieron contentas, y sus grandes labios encendidos, con un respeto litúrgico, se estamparon sobre las epidermis de armíño que anhelaron la huella vigorosa, indestructible, santa y amada de sus caricias de fuego... ¡Oh excelso y divino poeta! ¿Quién te enseñó esas estrofas mudas, esos versos llenos de la inmensidad y de la luz del espacio, esa canción sin palabra y sin retórica que tú entonas en silencio, bajo la altiva mirada del picacho de nieve y bajo la pupila azul del cielo, envidiosa de la gloria de tu amor? No guardes, avaro, tus secretos divinos, buen padre eterno; enséñales á los pobres poetas de la tierra que cantan á la luna y á las flores; muéstrales á todas esas almas ignorantes que tejen idilios que nunca existieron, á todos los infelices perseguidores de fantasías imposibles, perturbados del metro, cómo se hace poesía, y explícales que es así, besando, besando hasta hacer daño, acariciando á la mujer que se ama, sin cantar á sus ojos ni entonar himnos á su alma, la única divina y humana forma de amor. Diles más, poeta; diles que es solamente eso lo que ellas saben agradecer profundamente, y que sus almas frívolas no comprenden ese otro lenguaje del verso sonoro y vacío.

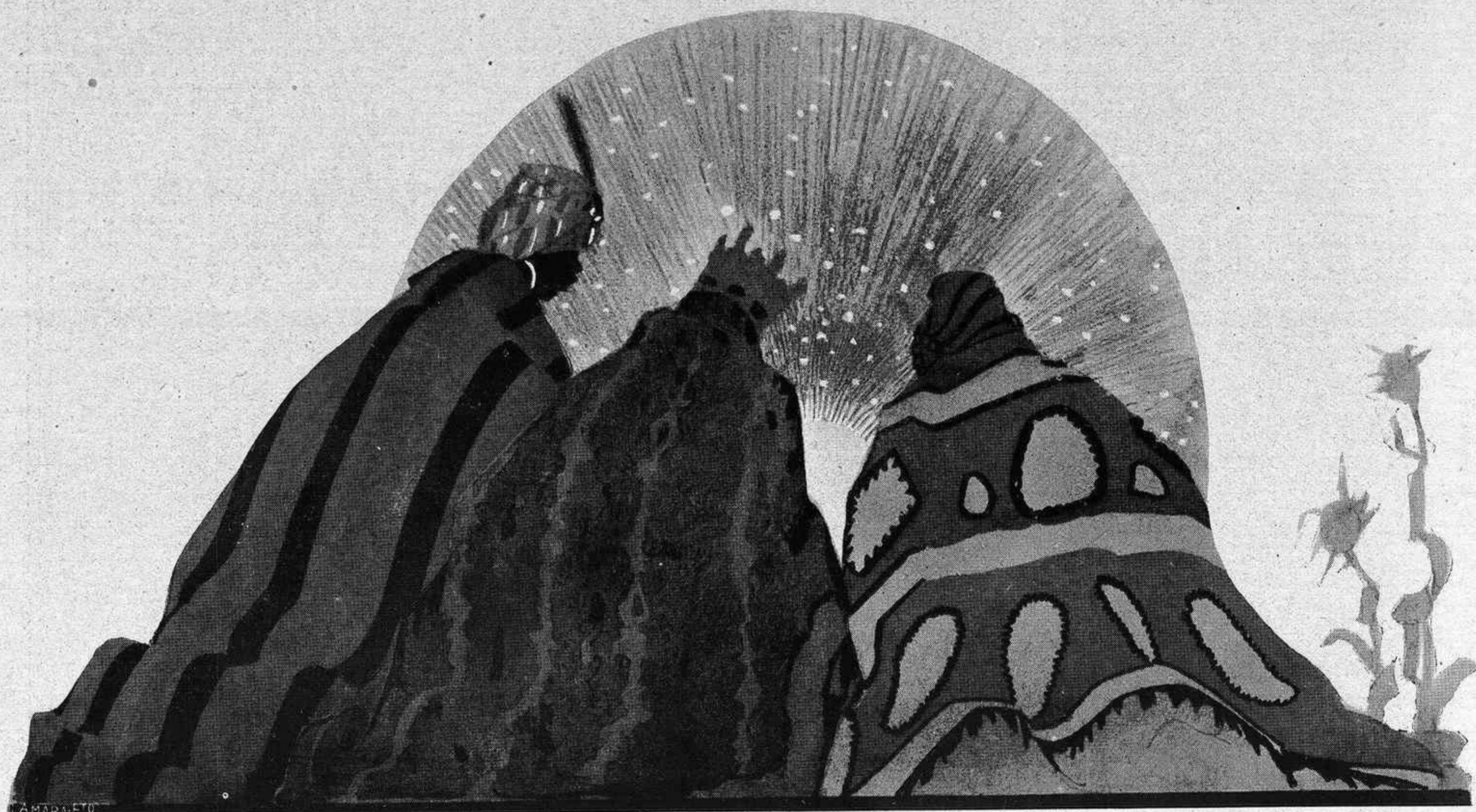
¡Oh sol! ¡si tú pudieras salvar al mundo, enseñando á los hombres á vivir el amor sin escribir versos!...

Be-na (Suiza), 1919.

J. DE LA LUZ LEON

RECIBIDO
BIBLIOTECA
MADRID

CUENTO DE NAVIDAD



EL NIÑO

SEGÚN avanzaban las horas del fosco día de Diciembre, tasada su mísera luz por los turbios vidrios de la ventana que pretendía iluminar la guardilla, aumentaba el sufrimiento de la mujer. Había instantes en que pensaba morir — y aun lo deseaba — con la fuerza del dolor que atarazaba sus fibras. El marido no estaba allí; había desaparecido una mañana, no se sabía hacia dónde, aunque se suponía que á América, no tanto en busca de trabajo, que aquí no le faltaba, sino de libertad y vicios, dejando á su esposa como se deja la copa agotada sobre el mostrador de la taberna. Y ella, la mísera, que no sabía oficio alguno, que venía en derecho del campo cuando se casó, allí se había quedado, sin más amparo que el de la caridad; pues ni aun en el servicio doméstico más humilde la admitirían en el estado en que se encontraba.

Y con todo esto, sola, pobre, abandonada, retorciéndose de sufrimiento y de tortura, la mujer sentía por momentos que se estremecía de esperanza y de gozo. Andrajo de humanidad tirado en un rincón, olvidado, barrido, por decirlo así, de entre sus semejantes, la infeliz iba á dar vida, á producir, por el desgarramiento de sus entrañas, un nuevo sér. ¡Y sus pensamientos volaban, volaban hacia lo más alto, en un vértigo de esperanza ambiciosa! Oía, según iba cayendo la noche, el chirrido de las chicharras, el estridente himno de las cornetas, el silbo de los pitos, el rasgueo de los guitarras, y pensaba, enorgullecida, que todo aquel alborozo era por un Niño, por un Niño como el que ella iba á traer al mundo. No calculaba la diferencia

de significación espiritual; de eso, ¿qué entendía ella, la cuitada? Veía otro Niño regordete, colorado, con pelusa en el cráneo, con un corpezo hecho á torno; otro Niño como el del pesebre, con una risa tempranera y una gracia candorosa al buscar el seno de la madre...

Con tales suposiciones se calmaban algo los rigores del suplicio, y por momentos quedábase adormecida; mejor dicho, amodorrada. La fiebre, que empezaba á apoderarse de ella, le sugería entonces singulares ensueños. Dentro de su cerebro surgían escenas que no eran del todo inventadas, pues procedían de sermones escuchados á retazos, de ideas recogidas aquí y allí, de alguna conversación suelta, de algún «Nacimiento» exhibido en el lotutorio de las monjitas para regocijo de los pilletes del barrio. Con tales elementos la fantasía de la mujer trabajaba inconscientemente, al mitigarse un poco por el aletargamiento del dolor que la descuartizaba.

Veía un claror de luna, argéntico y lácteo, sobre la nieve que cubría una llanura y una aldea al parecer dormida. Y aquel cielo frío, de invierno cerrado, parecía de repente inflamarse con luces de aurora. Reflejos nacarados, de un azul de ópalo, irradiaban del celaje, y era como si una sola perla enorme llenase con sus irisaciones todo el firmamento. Sobre el mágico fondo, figuras delicadísimas se destacaban lentamente, como nieblas finas que se cuajasen. Flotantes túnicas de exquisitos pliegues acanalados las revestían, y cada túnica era de un color distinto; pero tan atenuado, tan esfumado, que más bien que color debiera llamarse matiz. Las ca-

bezas de los arcángeles — por tales los tuvo la desdichada — brotaban, de cuellos largos y mórvidos, y sostenían cabelleras rubias, tan foscas y ondeadas, que pudieran compararse á la aureola solar. Era un coro de soles lo que surgía sobre el fondo opalino, y aquel coro de soles cantaba la alegría de que el Niño hubiese nacido al fin. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Abajo, en la tierra endurecida por el hielo que cuajaba la nieve, una muchedumbre avanzaba cantando, exhalando su júbilo. No eran bellos arcángeles ni se vestían de seda luminosa. Zaleas de cabra cubrían sus torsos, por encima de túnicas de lana grosera, sujetas á la cintura con cuerdas de cáñamo; se apoyaban en rudas cachavas, y sus pies, callosos y negros, iban desnudos. Empujaban ovejas y corderos recentales, y las mujeres, en cestillas, llevaban ofrenda de huevos y miel. Hacían sonar sus agrios rabeles y sus flautas rústicas. Uno azuzaba á un pollino cargado de odres de fresca leche. Otro portaba en la cabeza un saco de vellón, para mullirle al Niño la cama. Una vieja sostenía por las duras patas espolonadas á un gallo. Una virgen agasajaba en el seno dos tórtolas.

Y toda esta comitiva iba loca de contento porque había nacido el Niño. Esto era lo que clamaban en sus cánticos; esto era lo que llevaba, pisando escarchas y hielo, á la humilde aldea donde el Niño había venido al mundo.

La parturienta veía también que bajaba de un monte un séquito de asiático esplendor: camellos y dromedarios, caballos y esclavos daban escolta á tres Monarcas orientales, de rozagantes mantos orlados de armiños y martas, de

vestiduras recamadas de pedrería. Iban camino también de la aldehuela, haciendo saltar la nieve bajo las pezuñas de sus monturas, y recogiendo la claridad lunar en las doradas vainas de sus alfanjes y en los gruesos diamantes que sujetaban sus garzotas. Y el murmurio de adoración que exhalaban sus labios era también consagrado al Niño. ¡Lo que bendecían aquellos sabios sultanes era al Niño; lo que ansiaban ver antes de regresar á sus lejanas patrias era el Niño; lo que adorarian de rodillas, columpiando el incensario, que soltaba nubes de aromático humo, era el Niño! Todo por el Niño... Y el sacrilego pensamiento volvía á fatigar á la mujer amodorrada: «Tú también vas á tener un niño... Y nadie se alegra. Y á nadie le importa, ni á su propio padre. Y te dejarán morir aquí, en el abandono, sin auxilio...»

Una ola de frío glacial que entró por los cristales de la guardilla despabiló á la mujer y renovó sus sufrimientos. Notó, entre nuevos tártagos, que había anochecido. La habitación estaba completamente á oscuras. Echó la mano fuera para buscar las cerillas. Pero alguien entró, que pisaba firme, y detrás otros pasos blandos, como de anciana, que llevaba una vela encendida en una palmatoria. Conoció á la castañera de la esquina, la seña Engracia, que vivía en el mismo tramo y venía á ofrecerse «pa todo». Y el

de los firmes pasos, el doctor, tuvo un murmullo de aliento, de piedad.

—Vamos, no hay que apurarse... Esto avanza, y pronto quedará usted tranquila del todo... A ver...

Después del reconocimiento, con menos seguridad ya, exclamó:

—Buen ánimo; espero que hemos de ir bien... La castañera sacó del hueco de su mantón una ollita vaheando, y advirtió:

—Aquí he calentao una chispa de caldo del puchero, que me lo da la cocinera del señor de Arróspide, un banquero riquísimo...

—No debe tomarlo ahora — declaró el doctor —. Tiene destemplanza. Hay que andar con cuidado.

Guardó la buena mujer su pucherico y se instaló en una silla.

—¿Será pa pronto?

—Creo que es inminente... Ya no me voy. En casa me esperan para cenar — ¡la cena de esta noche! —, pero no puedo dejar á esta cuitada.

El ruido exterior ahogaba las palabras del médico y los gemidos de la paciente. El estrépito crecía, formidable. Cantos vinosos, chillidos discordes, músicas sin concierto hacían de la calle un trasunto de zahurda infernal. Abajo, apenas se entreoían los acordes de un mesocrático piano. Y de pronto, un grito desgarrador indicó el desenlace del drama...

—Viene sin vida — balbució el médico, compasivo, nunca habituado á estas desventuras.

La triste había oído, y sus ojos, extraviados, giraron alrededor, del médico á la vieja caritativa, del techo al piso. En el pasillo, voces frescas de criaturas entonaban el villancico familiar: había nacido un Niño, blanco, rojo y colorado; un Niño que salvaría al mundo... Sí, aquel Niño había nacido; pero ¿y el suyo? Y la infeliz, delirando, empezó á blasfemar, á renegar. No sabía qué decirle el médico para darla algún consuelo. La ciencia en tales casos dimite...

Fué la vieja castañera la que, con su habla madrileña y semichulesca, argumentó:

—¡Vaya, mujer! ¿Querías que hubiá nacido tu nene vivo y robusto, á trueque é que te lo azotasen y le diesen hiel y lo clavasen en un palo? ¿Era eso lo que tú querías?

Ella cayó sobre la almohada, abatida. Una calma repentina la envolvió. De sus ojos comenzaron á fluir lágrimas. El doctor tocó sus sienes, tocó su pulso.

—Ha desaparecido la calentura... Me parece que la tenemos fuera del peligro.

Fuera, los rabeles, las chicharras, los guitarrros, alborotaban más, como locos.

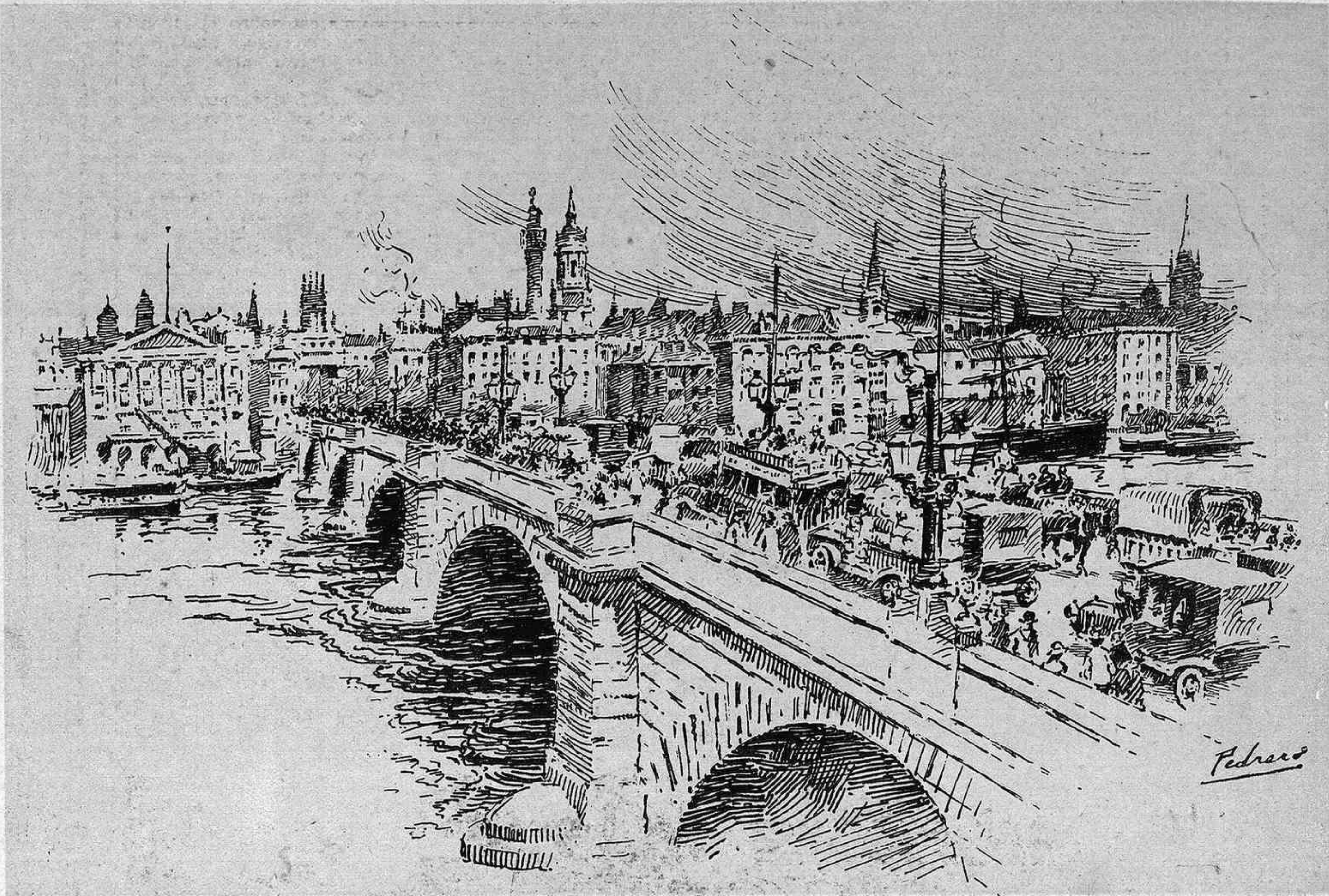
LA CONDESA DE PARDO BAZAN

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



—VIAJANDO—
POR EUROPA

LONDRES



EL ESTRUENDO DE LAS CALLES

QUIÉN no ha oído hablar del enorme movimiento de Londres, de la inmensa masa de gente y vehículos que invaden sus calles céntricas? Para algo sirven las estadísticas, y basta considerar la extensión de la gran urbe y el número de sus habitantes, y más aún la importancia mundial de la población, para formarse idea previa de esa circulación ciudadana. Pero mi amor propio de turista impenitente insuflábase algo entre escepticismo y desdén, á pesar de la elocuencia de las cifras. ¡Bah!, pensaba yo, mientras contemplaba desde la ventanilla del rápido de Bower la verde plana del paisaje. Conozco las seis de la tarde, en primavera ú otoño, de los bulevares de Montmartre é Italianos, en París; de la *Unter den Linden*, de Berlín; del *Graben*, de Viena... Todo lo más habrá que elevar al cubo su estruendo y su aglomeración. Y no el cubo, sino la enésima potencia me pareció poco cuando al día siguiente, á esa misma hora, saliendo de la *National Gallery*, me detenía al pie de la columna gigantesca de Nelson, en *Trafalgar Square*, con el pánico de un palurdo, ante la colosal y abrumadora afluencia de vehículos de todas clases, que invadían, cruzándola, la desmesurada plaza, con una inundación de ruedas. El estruendo ensordecía, y hay que advertir que los pisos, de magnífico asfalto, atenaban, en colaboración con la goma de los neumáticos, el estrépito de la trepidación.

Todas las poblaciones cuentan con un «centro concreto», donde afluye su movimiento sumo: una Avenida de la Opera, una *Friedrich Strasse*, una *Gartner Strasse*. En Londres no hay un centro solo, sino varios, ó, por mejor decir, un centro de bastantes kilómetros de longitud. Vais por Picadilly ó por Oxford, camino de los parques, del Hyde, del Kensington, y los autos propios y de alquiler y los autobuses cargados de pasajeros se alcanzan, se atropellan, forman verdaderos racimos. Vais por el *Strand* hacia San Pablo y la Torre, y se dan momentos en que los autos adelantan en filas, como baterías de arti-

llería en columna. La City, en las horas de contratación y en las de entrada y salida de oficinas, es una verdadera colmena de coches, un trenzado de coches. Allí están la Bolsa, el Banco de Inglaterra, otros Bancos. El puente de Londres es ya el hacinamiento llevado á la inverosimilitud. Se halla ordenado el tránsito: los furgones por los lados, los coches por en medio. Por supuesto, al paso. La delantera de cada carruaje va casi pegando con la trasera del anterior. A medida que se aproxima uno á los Docks, aumenta el estruendo; los autos de carga, enormes, se multiplican, haciendo temblar el piso. Llegan instantes en que los enredijos son tan compactos, que parecen inminentes mil choques, una verdadera catástrofe; pero no, en Londres hay siempre una manga azul, simbolo de la Providencia, que conjura todos los conflictos: el brazo omnívoto de un agente de Policía, que con sólo levantarse en el aire, pone un dique á la inundación, deteniendo el desenfreno de los *chauffeurs*, parando en seco los vehículos, á veces para que atraviesen dos ó tres transeúntes, y siempre para ordenar la marcha.

Agréguese ahora al ensordecimiento de la inmensa trepidación, la estridencia de las bocinas, que no cesan de sonar por dondequiera; el rumor propio de una muchedumbre enorme que circula por las aceras; las carreras de los que corren á tomar los «bus»; las oleadas de gente que escupen las estaciones de los ferrocarriles y tranvías subterráneos, y cuando va uno más descuidado, en ciertos sitios, un pitar horrisono y un fragor de herrajes en el aire, un convoy del Metropolitano que pasa como una exhalación por un viaducto, sobre una calle, entre las casas, y se tendrá idea de lo que es el movimiento vertiginoso de estas calles céntricas de Londres, que le clavan á uno, acometido de un espanto de palurdo, al pie de la columna de Nelson.

Las cifras poseen una elocuencia demosténica. Por sólo el *London Bridge* calcúlase que circulan al día más de 100.000 personas y unos 25.000 carruajes.

Yo he utilizado un auto que tenía el número 16.230. ¿Se explica el estruendo?

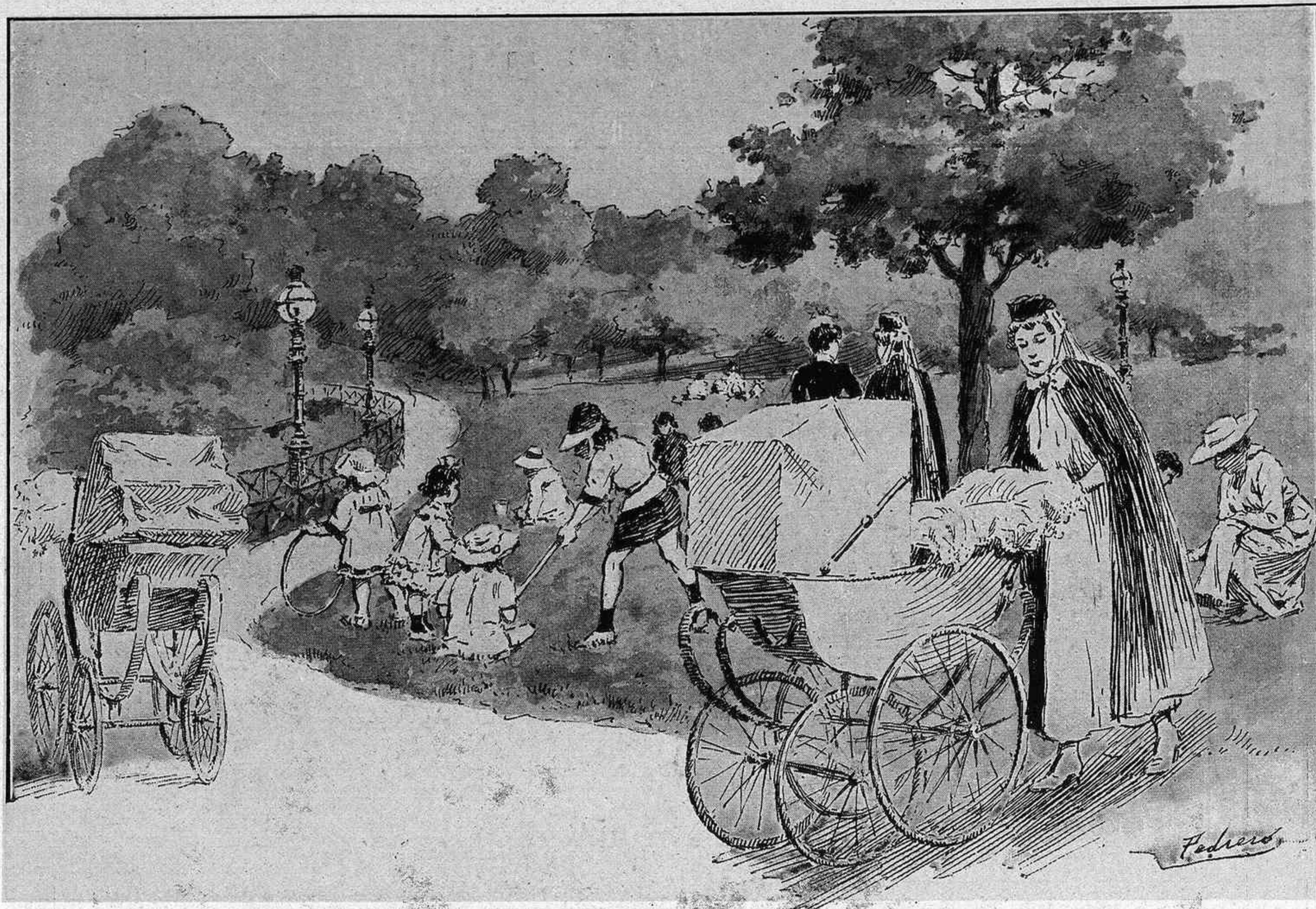
LA PAZ DE LOS PARQUES

Encontrarse á un compatriota á quien se trata y á quien se quiere, en una población extranjera, constituye un verdadero acontecimiento. Exclamaciones de alegría, abrazos de ritual. Es una válvula de expansión. ¿Conque también de turista? ¿De dónde vienes? De la City. Yo de los Docks. ¡Inevitable el sello de Calmina! Te convido. Precisamente aquí tenemos un «bus». Vámonos á *Kensington Gardens*. Y ya en la imperial del ómnibus, mientras doy á los ojos el inmenso placer de espaciarse dondequiera, desde la altura de aquel palco circulante, confío á mi amigo cuáles son los calmantes que yo me propino: una hora de parque.

En una población del estruendo y el movimiento de Londres, los parques ejercen de verdadero bromuro. No sé si el hábito traerá aparejada la costumbre de vivir en este vértigo. Quizá sí. En las fundiciones, los obreros llegan á no oír los horrisonos ruidos de las forjas. Pero deben brindar la calma cuando el domingo son invadidos por la muchedumbre, ávida de tumbarse sobre el césped. Porque aquí el césped no se halla vedado por alambrada alguna. Y no es el menor de los encantos de estas verdísimas praderas, entoldadas de follaje, el sentir bajo los pies la blandura de la hierba.

Londres, la gran ciudad ecuánime, ha previsto la necesidad de neutralizar su vida febril, y ha multiplicado sus parques, dándoles, además, su característica peculiar, imitada en el mundo entero: las praderas inmensas alfombradas de verde, con árboles. Intercala parterres; no se olvida de las flores y de los lagos; pero la nota típica son las praderas uniformes; lo que si entraña cierta monotonía, da, en cambio, una sensación de reposo, de blandura, de calma. Los sentidos no se fatigan; los ojos no se cansan, atraídos por cambios bruscos de visualidad. Verde y verde, césped y césped. Una invitación al sueño del cuerpo y del espíritu.

Nota común á todos los parques londinenses y nota de bienestar, de seguridad, de confianza



es la de los niños. Donde ellos están, no hay riesgo alguno. Forman remansos de paz, en los que mueren los estrépitos de la gran urbe. Son meandros de silencio que sólo turban carcajadas infantiles, risas de cristal. Los pequeñuelos se pasan el día, reinando buen tiempo, entre las frondas, saltando en la hierba, jugando y corriendo, ó simplemente mirando al cielo, con sus ojos que aún no comprenden, desde los copos de espuma de sus cunas rodantes. Y haciendo labor ó leyendo un libro, ó de charla con sus colegas, vela por los rapaces una figura que ya se va aclimatando por toda Europa: la de la *Nurse-maid*, de extraño, pero elegante indumento. El traje es conocido. La amplia y flotante capa azul desde los hombros al borde de la falda; el casquete azul cubriendo el moño, con el velo colgante; el albo vestido, y los puños y cuello almidonadísimos. Es una silueta que trae á la mente algo medioevo. Reunidas en grupos, con su toaleta uniforme, su tipo blando de rubias, y en la dulzura de estas praderas verdes, parecen apuntes vivos de Alma Tadema. Filas de cochecillos con sus bebés sepultados entre blondas; criaturas de tres y cuatro años, rollitos de manteca envueltos entre encajes. La vista descansa embalsada en las falanges de criaturas. Se ha ve-

nido en el «bus», pero pasó el vértigo, y á los cinco minutos se sonríe uno satisfecho. El parque... los niños... ¡mi sello!
 Todos los parques de Londres son igualmente hermosos y bien atendidos; y de una parte por

la alta sociedad. La aristocracia, la banca, la sangre azul y los «billetes blancos» llevan allí sus trenes, su lujo, su opulencia, su elegancia, á lo largo de Rotten Row ó en torno al lago Serpentine. Hay que ver las avenidas destinadas á ca-

ruajes y á jinetes al mediodía y por las tardes; la oleada de autos al paso; las amazonas, á veces señoritas solas, seguidas de sus lacayos; las dos filas de curiosos sentados en sillas en las orillas de las calles. En los Kensington Gardens contiguos es mayor el número de niños, y allí abundan más los ancianos, de torpe andar, que dan su paseito; las *mises* solitarias con su libro bajo el brazo. Y es que esos soberbios jardines cuentan con alamedas frondosas y tranquilas, prohibidas á los coches. El Battersea, con sus plantas tropicales, congrega á los deportistas, á los jugadores de *cricket* y de *lawn-tennis*; á esas muchachas británicas, fuertes y recias, toda rosas la cara, que se olvidan unas horas de que

existen tacones Luis XV. El Victoria es la alegría de los domingos, el regocijo del pueblo, de los obreros, de los artesanos, delirantes siempre por barcas y cisnes.

¡Parques de Londres! ¡Bromuro del espíritu!

ALFONSO PEREZ NIEVA

SONETOS

EN PÁRAMOS DE OLVIDO

¡Hombres! ¡Mentira, vanidad, envidia!
 Del mismo origen diferentes odios.
 De la historia común los episodios
 que se tiñen del tinte de la lidia...

¡Mujeres! Vanas, tontas, infantiles.
 Con un beso ó una joya se serenán...
 ¡Y estos seres acéfalos condenan
 á andar en cuatro pies á entes virile!

¿Y la Naturaleza? No varía:
 á la borrasca, el sueño de la calma,
 y á las negruras de la noche, el día.

¡Oh, monótona vida, que al sentido
 das apariencias de tener un alma
 y engendras sobre páramos de olvido!

MOONLIGHT

Fatiga sideral de dar al mundo
 luz y calor. ¡Bostezos de la luna,
 en su andar melancólico errabundo,
 de solitarios seres sin fortuna!

No pidas á mi labio sitibundo
 besos. Ya la caricia me importuna.
 Llamas de oro el astro moribundo
 enciende en el cristal de la laguna.

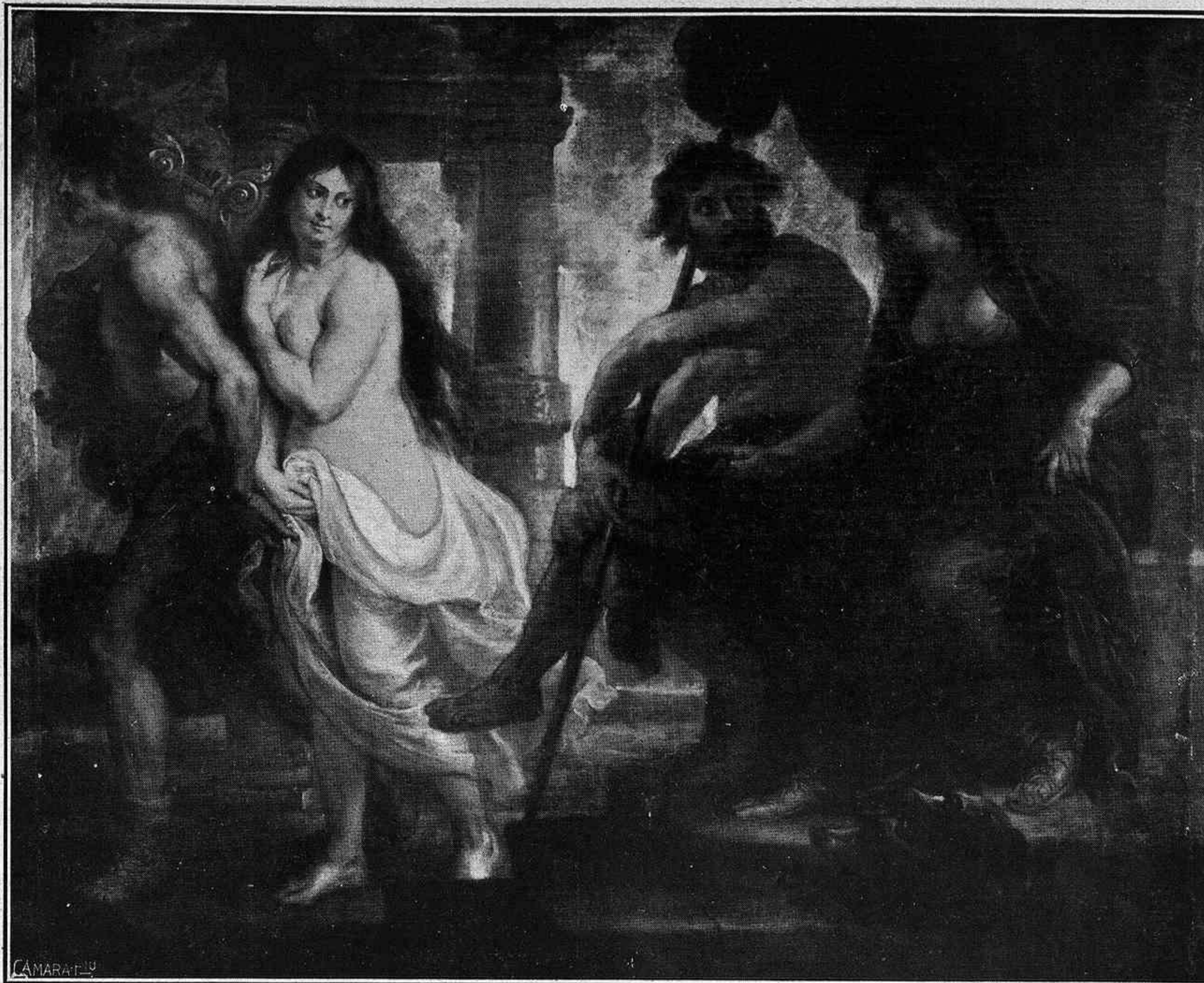
En el bosque el ruiseñor gorjea
 y no hay nadie en el bosque que le escuche;
 sube y baja ruidosa la marea,

y sólo las estrellas titilando
 —al ave arroba el ritmo de su buche—
 oyen tranquilas el concierto blando...

Emilio BOBADILLA
 (Fray Candil)

la pasión de los ingleses por el aire libre, y de otra por los múltiples y fáciles medios de comunicación: tranvías, ómnibus, vapores, ferrocarriles subterráneos, vense invadidos por la gente apenas alborea la primavera. En cuanto cabe hacer esta selección, parece tener cada uno su público especial. El Hyde Park es el favorito de

Calendario del Amor □ DICIEMBRE



«Orfeo y Euridice», cuadro de Rubens

Mes delicioso para los ciudadanos de la Roma pagana, por estar dedicado á holgorio y fiestas, entre las que sobresalían las famosas «saturnales».

Consagrábase Diciembre á la casta y ejemplar Vesta, personificación del fuego, elemento que se consideraba en la antigüedad como el más indispensable á la vida (1).

Figura en el santoral de Diciembre la patrona de los artilleros:

«Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita.»

En el Amor no seáis como la mayoría de los mortales, que no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena. Debéis meditar que os halláis embarcados en la nave de Cupido y que ésta llegará tal vez á surcar las aguas matrimoniales, y en ellas, ¡ay, joven iluso!, la navegación se hace dura y angustiosa en algunos momentos. Por el pronto seréis dos los pasajeros y bogaréis entusiasmados, plácenteramente envueltos en los poéticos resplandores de la luna... de miel; el rumor de las apacibles ondas se confundirá con aquel otro rumor de besos y batir de alas de que habló Bécquer. Hay que suponer que el dúo acabe en terceto, ocupando nuestro batel un angelote, y luego otro y otro, cuantos Dios sea servido mandaros. Cada nuevo pasajero os obligará á redoblar los esfuerzos para que la barca que encierra toda vuestra ventura en el mundo no zozobre ni se estrelle miseramente contra los innumerables escollos que se encuentran en el mar de la vida.

De lejos el matrimonio produce en los enamo-

(1) Las vestales ó sacerdotisas de Vesta, encargadas de no dejar apagar el fuego sagrado en el templo de la diosa, eran elegidas por sorteo entre las doncellas de las familias patricias. Hacían voto de castidad, y á la que lo quebrantaba imponíasele la horrosa pena de ser enterrada viva.

rados la mágica ilusión de las decoraciones de teatro, las cuales, vistas de cerca y á la luz natural, no son más que un desagradable conjunto de rudos brochazos sobre tosca tela ó papel basto.

Ahorraréis muchos desencantos de la vida conyugal si os casáis movidos de hondo cariño hacia la dama, y si su carácter, educación, pensamientos y sentimientos armonizan con vuestra manera de ser.

Si es al contrario, la carga matrimonial os resultará insoportable, y, según advierte Erasmo, el ángel que amasteis con delirio se convertirá con el tiempo, para vosotros, en viejo demonio á quien aborreceréis.

De tan infelices coyundas tomó pie cierto filósofo contemporáneo para decir excéptica y humorísticamente: «Por un Orfeo que fué al infierno á buscar su mujer ¡cuántos viudos no irían siquiera al Paraíso, si creyeran encontrar allí á la suya!»

Y al nombrar á Orfeo, ¿cómo dejar en blanco en un *Calendario del Amor* la leyenda del más amante y desventurado de los maridos?...

Según unos autores, Orfeo fué hijo de Eagro, rey de Tracia, y según otros, de Apolo. Nos inclinamos á creer que Apolo fué su padre, porque Orfeo, además de ser gran poeta, tocaba con tan maravilloso arte la lira, que hasta las fieras juntábanse á su rededor para oírle.

Se casó con la ninfa tracia Euridice. Mostróse tan cruel el Destino con la enamorada pareja, que el día mismo de sus bodas, Euridice, huyendo de Aristeo, que la requería de amores, fué mordida en un talón por una serpiente oculta en la maleza. De resultas de la mordedura quedó viudo el que aún no había pasado de ser novio.

Músico y poeta, ¿qué iba á hacer el infeliz sino cantar su triste suerte al son de su lira?

Con tal sentimiento y melodía daba al viento sus quejas, que hasta los ríos detenían su curso, y los árboles y las peñas abandonaban su sitio para escucharle.

El canto y la música acrecían en dolorosa intensidad á medida que dejaba transcurrir el tiempo, vagando como loco por los parajes evocadores de su infortunio.

Hízosele tan atormentador é irresistible el recuerdo de Euridice, que se decidió llevar á cabo la más estúpida de las aventuras: la de bajar á los infiernos y pedirle á Plutón le devolviese á la que moraba en sus espantosos dominios.

Los dioses infernales mostráronse benévolos con el infortunado trace, que logró conmovier sus corazones de piedra con los armoniosos acentos de su lira. Plutón no se opuso á la temeraria solicitud del dolorido esposo. «Te llevarás á tu Euridice —le dijo— á condición de que atraveses el Averno sin volver la cabeza para verla.»

Emocionado y agradecido, Orfeo aceptó la proposición.

Pero, ¡ay!, pudo en él más el amor que la prudencia, la ansiedad de contemplar á su mujer que el cumplimiento del pacto. Al llegar cerca de la salida volvió la cabeza... y, ¡oh, gozo infame!, vió á su adorada Euridice... pero con la brevedad de un relámpago, porque instantáneamente desapareció de su vista.

Desgarrado el corazón, perdida toda esperanza, Orfeo volvió á la tierra, donde ya no se dedicó á cantar sus cuitas ni á pulsar la lira, sino á manifestar sin ningún rebozo una terrible animadversión hacia las mujeres.

Su conducta exasperó á las bacantes, que tomaron espantosa venganza, descuartizándole en el tumulto de las bacanales. Arrojaron al río Hebro la cabeza del poeta, cuyos muertos labios pronunciaron en el agua esta palabra:

«¡Euridice!»

Grande acierto es que pinten á la más atrayente y peligrosa de las deidades con los ojos vendados, porque si Amor viera lo que hace, ¿cometería las estupendas fechorías, los tremendos desaguisados, las inimaginables locuras que comete de continuo, disparando á tontas y á locas sus mágicas saetas, hiriendo alevosamente corazones que nunca jamás podrán curar de su herida?... Porque, ¿cómo podrá mitigar la acuciadora sed de amor el mendigo enamorado de una princesa? ¿Ni cómo logrará ser correspondido quien tiene la desdicha de serle indiferente, odioso ó antipático á la dueña de sus pensamientos?

Situación desesperada, porque Amor no se impone: nace espontáneamente, como nace la simpatía ó la antipatía hacia una persona, sin que exista razón alguna que justifique la atracción ó repulsión que nos inspira. Claro es que el que ama cree sinceramente que el objeto amado ha de sentir hacia él el mismo afecto y ha de corresponderle. Lamentable creencia y disparatada obcecación, que en ocasiones hace que los menos reflexivos ó los más impulsivos acudan á medios violentos y á malas artes para realizar lo irrealizable: ser amado á la fuerza.

Camine Amor á ciegas por el mundo, pero sus víctimas procuren traer muy abiertos los ojos.

Nochebuena, Navidad. Fiestas de cordial efusión celebradas en todos los hogares cristianos con bullicioso regocijo y en las que resuena alegre el ¡Aleluya! de la felicidad que constantemente entonan los corazones de los enamorados.

Los Santos Inocentes.

Doblemos la hoja; pues si pasar plaza de inocente, que vale tanto como «hacer el indio», resulta desagradable, en el juego del amor es cosa irresistible que, por lo regular, produce lamentables consecuencias.

Nochevieja. Conforme el ritual que impone la tradición en cada país, los mortales despídense del año que termina y saludan la aparición del que empieza, con prácticas encaminadas á impetrar del Cielo un año venturoso. En España es de rúbrica que, á punto de dar las doce de la noche, cada hijo de vecino se coma doce uvas, que pudiéramos llamar las uvas de la felicidad.

El calendarista respira satisfecho, como quien se ve libre de una carga abrumadora; dió término á la ardua empresa, y suplica, como al final de los sainetes: «Perdonad sus muchas faltas.»

Para pergeñar este *Calendario* le guió el loable propósito de que pudiera servir de guía á unos, de espejo á otros y de grato solaz á los más, puesto que sobre todos los nacidos ejerce su despótico imperio el tierno Amor.

¿Quién podrá vanagloriarse de no ser su esclavo, si llegó á serlo el propio Cupido?

Sirva la hechicera leyenda de tan peregrinos amores como el más adecuado epílogo de la presente obra:

PSIQUIS Y EL AMOR (1)

Un rey y una reina tenían tres hijas muy hermosas; pero Psiquis, la menor, éralo en grado tan portentoso, que la Fama pregonera hizo que no sólo los habitantes del país, sino los de lejanas tierras acudieran ávidos de contemplar á la que suponían ser otra Venus.

(1) Seguimos la fábula que Apuleyo incluye en *El asno de oro*, libro á todas luces obscuro, que, no obstante, se redime del eterno olvido por esta bellísima y original alegoría, nacida de la doctrina platónica, puesto que Psiquis ó el alma humana, en lucha con todas las pasiones, concluye por salir triunfante y purificada por el Amor y el Dolor, remontándose á esferas más puras, para gozar de todas las bienaventuranzas.

Y tal impresión les producía la vista de la hechicera criatura, que, prosternándose á sus pies, invocábanla como á una deidad. Las gentes no iban ya á Gnido, ni á Pafos, ni desembarcaban en Citerea para visitar á la diosa de la belleza. ¿No lo era Psiquis?...

La verdadera Venus, encendida en ira al ver compartidos en la tierra con una simple mortal los homenajes que se la tributaban, llamó á su hijo, el hermoso y alado mancebo, é invocando su filial cariño le pidió la vengara de Psiquis, inocente causa de su agravio, haciendo que, inflamándose en loca pasión por el más miserable é innoble de los hombres, fuera su esposa.

¡Desventurada Psiquis!
Para cumplir lo ordenado por el oráculo de Apolo en su templo de Mileto, la gentil princesa fué abandonada por sus padres en lo más alto de la cumbre de una montaña, de donde hubo de ser transportada por Céfito á un delicioso paraje en el que se alzaba un espléndido palacio.

Impelida de la curiosidad, penetró Psiquis, bien ajena de que en aquel maravilloso palacio iba á desposarse, por manera insólita y misteriosa, con el hijo de Venus, que se le presentó amparándose de las tinieblas de la noche para que no le viese.

Cupido, que conocía la perversidad de las

hermanas de Psiquis, previno á ésta contra sus asechanzas, rogándole no diese oídos ni nada dijera de cuanto á él se refería, y menos aún tratara de ver su rostro, si no quería, al ceder á su curiosidad, ser víctima de las más espantosas desgracias.

La esposa prometió obedecerle en todo, y recibió la visita de las que, invocando pérfidamente su cariño de hermanas, querían perderla. Aseguráronle que su esposo era el más horrible de los monstruos, y le notificaron los espantosos designios que tenía de devorarla á ella y al hijo que diese á luz.

Y después de entregarle un puñal para que, según sus consejos, se librara del monstruo cuando durmiese, marcháronse las envidiosas.

La Fatalidad quiso que la tímida doncella, agitada por múltiples y tumultuosos sentimientos, se decidiera á seguir el criminal parecer de sus pérdidas hermanas.

Hallándose el esposo profundamente dormido, fué en busca de la lámpara y del puñal.

Pero, ¡oh, sorpresa inaudita y bienhechora! En vez del monstruo horrible, Psiquis se encontró con el más hermoso y gentil de los galanes: ¡con el propio Cupido!

Al contemplarle, sintióse conturbada por honda emoción, y de la lámpara, que sostiene con mano trémula, despréndese una gota de ardiente aceite, que cae sobre el hombro derecho del Amor.

Despertó éste sobresaltado, y más dolorido por la traición hecha á su secreto que por la quemadura, sin decir palabra, airadamente, batió las alas para huir de la mal aconsejada amante.

Rápida como el pensamiento, Psiquis asíóse fuertemente á su esposo y le siguió en su vuelo hasta que, fatigada, dejóse caer suavemente en tierra.

El Amor amaba aún á Psiquis, así es que con triste acento la dijo, deteniéndose en su marcha:

—Inocentemente, Psiquis, olvidé los mandatos de mi madre, y en vez de la pasión irresistible que, según sus deseos, debía inspirarte por el más despreciable de los hombres, preferí volar hacia ti como amante. Fué harta ligereza la mía, ya lo sé, y el dios, cuyas flechas son tan lisonjeadas, se ha herido con sus propias armas: hice de ti mi esposa. ¿Qué razón existía para que imaginaras que yo era un monstruo? ¿Para que tu mano cortase una cabeza animada por ojos que te adoran? ¡Cuántas veces he invocado tu prudencia! ¡Cuántas advertencias te he hecho! Tus consejeras no tardarán en expiar las fatales lecciones que te han dado. En cuanto á ti, he aquí tu castigo: mi huida.

Y Cupido, remontándose á lo alto, desapareció de la vista de Psiquis que, anegada en lágrimas, enclavijadas las manos, como suplicante, pediale, por su amor, se apiadara de ella.

Desde entonces la pobre amante del hijo de Venus fué sometida por su implacable suegra á todos los suplicios y á todas las injurias que hubieron de ocurrírsele, para vengarse de la que inocentemente habíala ofendido en su vanidad de diosa de la belleza.

Por fin, la desventurada Psiquis, salvando todos los obstáculos, luchando firme y resignada contra todas las adversidades, consiguió su más férvido anhelo: el de encontrar á su amante.

Júpiter, admirado y enternecido por la conmovedora constancia de aquella mártir del amor, la redimió al fin, transportándola al Olimpo, donde, con toda solemnidad y aparato, la desposó con Cupido.

Y de este enlace nació la Voluptuosidad.



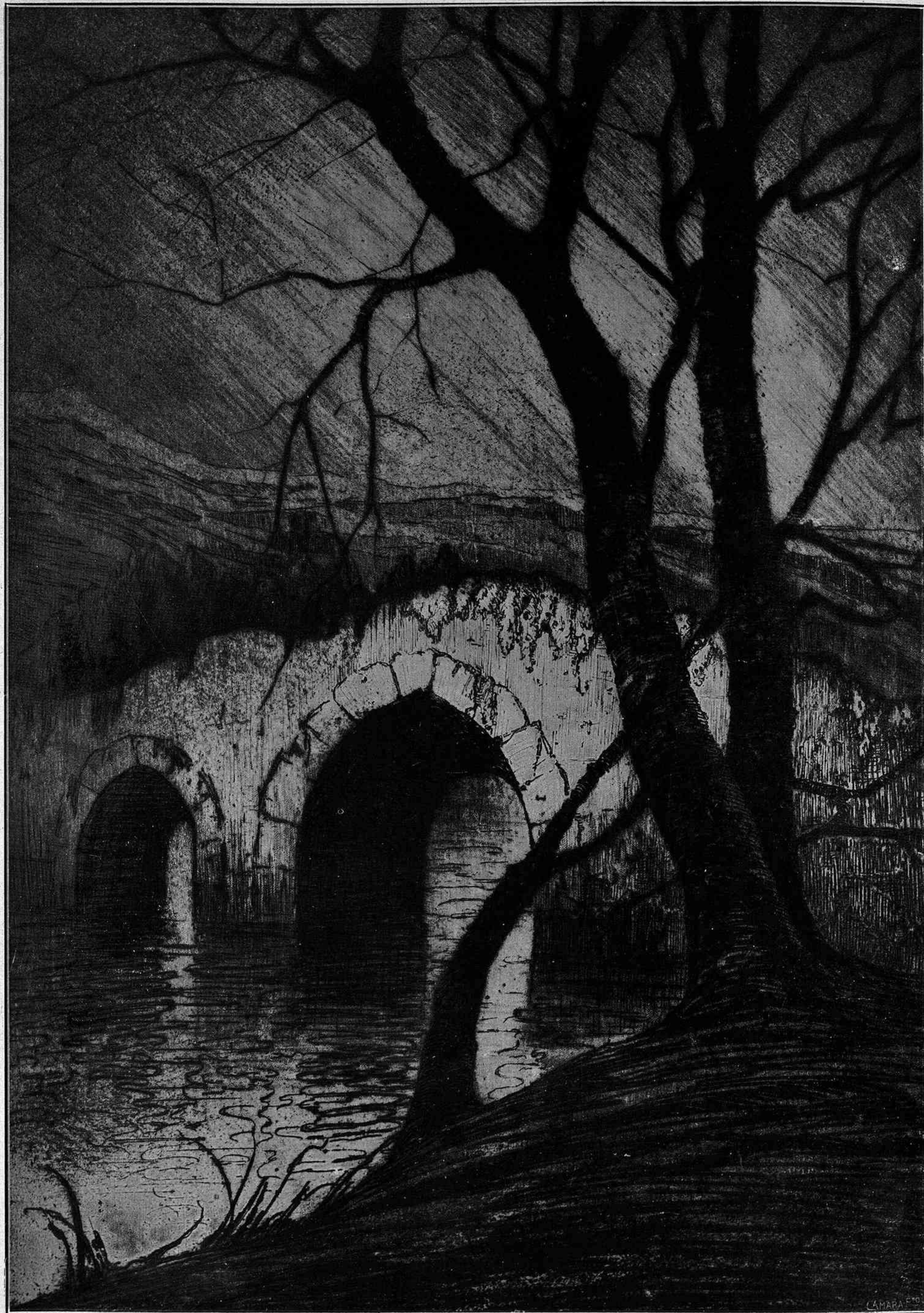
“El rapto de Psiquis por Cupido”, cuadro de Plácido Francés FOTS. LACOSTE

ALEJANDRO LARRUBIERA

BIENEO
BIBLIOTECA
MADRID

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL PUENTE DEL DIABLO, aguafuerte de Castro Gil

BIBLIOTECA
MADRID

:: LOS GRANDES ::
REVOLUCIONARIOS

MASANIELLO

DICE verdad el ilustre historiador D. Eduardo Chao cuando afirma, en clásica y elegante forma, que «los tiempos más difíciles de describir son los muy distantes y los muy próximos al historiador; pues le sucede lo que al dibujante con las montañas: que de lejos sólo percibe los contornos, y al pie de ellas se ve distraído por los detalles y no abraza el conjunto».

Así, esta interesantísima, al par que descabellada revolución de Nápoles, de la cual, vista de lejos, sólo se sabe que la dirigió un ignorante y sencillo vendedor de pescado, un pescadero, no un pescador, como creen muchas gentes, necesitaria muchas páginas para ser escrita con la claridad necesaria, y sacar de ella ejemplos provechosos que aplicar á situaciones no lejanas ni ajenas á los presentes tiempos y á las actuales circunstancias.

Desde que á consecuencia de aquellas famosas campañas del Gran Capitán, que con las victorias de Seminara y Ceriñola y la muerte del famoso general francés duque de Nemours (cuyo cadáver arrancó lágrimas á su vencedor, al contemplarle en el campo de batalla) habían asegurado á la corona de Castilla, por su unión con el Estado aragonés, la completa y absoluta posesión del reino de Nápoles, no había cesado esta capital, con breves intervalos de tranquilidad, de suscitar tumultos y organizar motines, que hubo que reprimir, á veces por la fuerza de las armas, y en otras con concesiones justas y trato liberal.

Casi siempre, por el mal trato que de los virreyes recibían, asistía la razón para la insurrección y el motín; á diferencia de otras capitales que, en más próximos tiempos, trabajan por la separación y la guerra, sin más motivos de queja ni más ofensa que la de haberse enriquecido hasta la hartura, á consecuencia de su unión con el resto de España.

En el mismo reinado de Fernando el Católico — dice el gran poeta Duque de Rivas, que ha historiado muy concienzuda é imparcialmente aquella época —, siendo virrey el conde de Ribagorza, hubo una gran alteración, por la escasez de víveres y lo pesado de los impuestos.

Siendo virrey Raimundo de Cardona, hubo una gran sublevación, por oponerse los napolitanos, como lo consiguieron, al establecimiento de la Inquisición en aquel reino; sublevación que se repitió en 1547 por el mismo motivo, causando numerosas víctimas; teniendo que desistir también de su propósito, á pesar de su férreo carácter, el virrey D. Pedro de Toledo.

Y unas veces provocadas por los nobles, que se creían perturbados en sus privilegios, y otras, las más, por el pueblo, que se veía víctima de la Nobleza, del Fisco y de la miseria, hubo insurrecciones más ó menos graves y sangrientas. En 1581, gobernando el duque de Osuna; en 1600, bajo el gobierno del conde de Lemos; en 1603, bajo el gobierno del conde de Benavente, y durante el reinado de Felipe IV, se produjeron muchas alteraciones, primero bajo el mando del otro duque de Osuna, el grande, del que fué secretario D. Francisco de Quevedo, que le inmortalizó con su famoso soneto, y después en los virreinos del cardenal Borja, el cardenal Zapata, el duque de Alba y el conde de Monterrey; y, por último, la que estamos narrando, bajo el gobierno del duque de Arcos, sucesor del de Medina de las Torres, que dimitió por no querer seguir la senda de sus antecesores, siendo verdugo de sus gobernados.

La causa principal, perpetua y permanente de esta sangrienta sublevación, fué el estado de miseria y de privaciones en que el pueblo se encontraba, víctima de malos Gobiernos, de acaparadores ladrones y comerciantes sin conciencia; la causa ocasional, la gota de agua que hizo desbordarse el vaso del sufrimiento y del rencor, fué una gabela, un pequeño impuesto sobre la fruta; como un siglo más tarde un impuesto sobre el té había de ser causa de la insurrección de los Estados Unidos y su separación de Inglaterra.

Las continuas guerras que España mantenía en todo el Continente por sostener la herencia de Carlos el Temerario, herencia que en hora aciaga vino á la Corona de Castilla con Felipe el Hermoso y el Emperador Carlos V, teníanla exhausta de hombres y dinero, y la ponían en trance de obligar á los pueblos que de ella dependían



MASANIELLO

á sacrificios onerosísimos, para sostener, no ya el brillo, sino siquiera el decoro de sus armas.

Los duques de Monterrey y de Medina habían sacado de Nápoles, desde 1634 á 1647, la enorme suma de cien millones de escudos de oro, y el duque de Arcos impuso á algunos géneros un tributo igual á su valor (1).

Cuando Francia, por instigaciones de Mazarrino, atacó la Toscana, España necesitó muchos y cuantiosos recursos; y el duque de Arcos, no teniendo ya otros artículos que gravar que la fruta, único alimento de la gente del pueblo, impuso sobre ella un tributo, que fué la tea de la discordia, el ascua encendida arrojada en el montón de estalladora pólvora y de inflamable alquitrán.

La primera manifestación de las iras populares fué la voladura de la galera capitana, y de varias de ellas preparadas ya para traer á España parte del producto del nuevo servicio. Perekieron en la catástrofe más de 400 hombres, y se perdieron, además del dinero del Fisco, cuantiosas riquezas.

Después, la revolución se esparció por todas partes, y predicadores del desorden atraían y soliviantaban las multitudes por todas las calles y las plazas de la ciudad.

Entre los más airados protestadores contra la situación, hallábase un joven de la última clase social, que ganaba su vida vendiendo en una banasta, por la ciudad, el pescado que le entregaban los dueños de tiendas ó que él compraba en la playa.

Este hombre humilde, que á la sazón contaba veintisiete años, sin instrucción, sin cultura y sin ideal alguno, fué el después famoso en la Historia, Tomás Aniello de Amalfi, á quien todos conocían por la abreviatura de «Masaniello». Por su segundo apellido le han creído algunos natural de la ciudad de Amalfi; pero había nacido en Nápoles, como lo prueba su partida de bautismo, que transcribimos en su idioma original.

(1) Sismondi.



DON JUAN DE AUSTRIA

Dice así:

«Nápoli, parrochia de Santa Catarina, en Faro Magnó. Libro XII de batezzati, folio 44 al r - vescio, numero progressivo 174: a 29 giugno 1620.

«Thomas Aniello, figlio di Cieco d'Amalfi e Antonia Gargana, e stato battezzato da me D. Giovanni Mateo Peta, et levato del sacro fonte de Augustino Monaco et Giovanna de Lieto.»

Era Masaniello de aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtida por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaban su ligero vestido á la marinesca eran limpios, y arreglados de una manera original y fantástica. Tenía mediana estatura, gran agilidad, explicación fácil — aunque ignorantísimo —, pensamientos elevados y generosa condición (1).

Lástima que, ciego por la vanidad, ensoberbecido como todo ignorante que llega á las cumbres del poder y de la fama, y mal aconsejado por gentes perversas, trocarse en breve tiempo aquellas nobles condiciones suyas por otras que le convirtieron en un tirano sin razón y sin conciencia, y en un verdugo sanguinario y loco.

Aclamado como candidato, tribuno y jefe de la multitud; exageradamente furioso, jamás en ningún tiempo ejerció hombre alguno sobre la plebe una influencia más honda ni un imperio más absoluto.

Designado jefe por el populacho, recorría la población diciendo que quería ser ahorcado ó dar abundancia á la ciudad; teniendo la mala fortuna de que se le agregaran, como primeros é influyentes consejeros, Domingo Perrone, fugado de presidio y después famoso contrabandista, que para librarse de la Justicia iba disfrazado de cura; José Palumbo, antiguo capitán de bandidos, y Julio Genovino, que había estado diez y nueve años en el presidio de Orán.

Tal fué el primer *Ministerio responsable* del caudillo de la revolución.

La insurrección comenzó el día 7 de Julio de 1647. Cuando al llegar á la plaza los portadores de fruta quisieron cobrarles la nueva gabela, se amotinaron furiosamente; y uno de ellos, cuñado de Masaniello y de acuerdo con él, exclamó: *Dios nos da la abundancia, y el mal Gobierno nos la quita. Ya que no pueda ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, antes que me la roben los guardias.* Y diciendo esto, derramó por el suelo la mercancía.

Masaniello y los suyos prendieron fuego á lo que hoy llamaríamos *caseta de Consumos*, que tantas veces se ha quemado en España, y la revolución se extendió por todas partes, á los gritos de: *¡Viva Dios! ¡viva la Virgen del Carmen! ¡viva el Rey de España! ¡viva la abundancia! ¡muera el mal Gobierno! ¡fuera la gabela!*

También, un siglo después, la Revolución francesa comenzó dando vivas al panadero, á la panadera y al mozo de la tahona (el Rey, la Reina y el Delfín), y llevando coronas á la estatua de Enrique IV, en el Puente Nuevo.

Y así ocurrió también en Nápoles, aunque las cosas se sucedieron con mayor rapidez; pues no parece sino que había alguien muy poderoso (y lo había, en efecto) que, guarecido en la sombra, atizaba aquel voraz incendio para que todo lo derrocara.

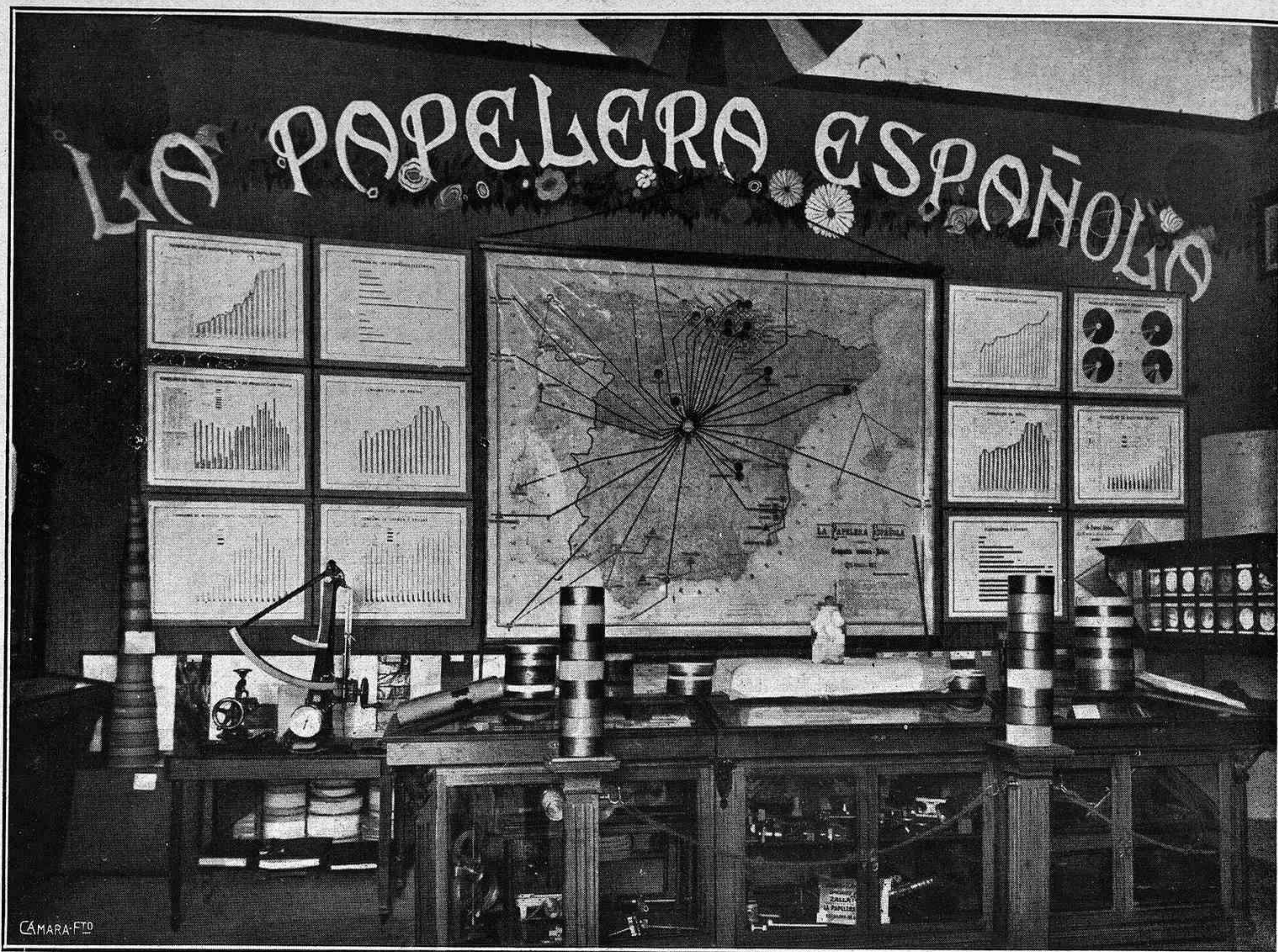
La multitud atacó el palacio del virrey, que hubo de salir huyendo vergonzosamente y guarecerse en el fuerte de Castilnuovo, el más seguro y mejor abastecido de la ciudad.

En seguida llegaron de los pueblos comarcas millares de furiosos campesinos, haciendo de los útiles de labranza instrumento de guerra; y no sólo los hombres, sino que también las mujeres y niños, con escobas, asadores y cuchillos, alabardas y alfanjes, bramando como fieras, acrecentaban la sublevación. Se apoderaron de las armas y municiones de los depósitos reales, y hasta cogieron siete cañones; con lo cual quedaron dueños de la población, extendiéndose por todas partes los saqueos, los degüellos, el merodeo y la devastación.

Hay que hacerles la justicia de confesar que los primeros y los más furiosos ataques se dirigieron contra los arrendadores de impuestos, acaparadores y vendedores sin conciencia, de los cuales Masaniello hizo una primera lista de más

(1) Baldacelinis.

EN LA EXPOSICIÓN DE INGENIERÍA
INSTALACIÓN DE LA PAPELERA ESPAÑOLA



Vista general de la instalación.—Mapa de la organización técnica é industrial

LA Papelera Española ha tenido el acierto de presentar en la actual Exposición Nacional de Ingeniería una interesante y notable instalación de sus múltiples productos, que llama justamente la atención.

Esta importante Sociedad, que, merced á su esfuerzo constante en pro de la industria nacional, se ha colocado en el primer puesto de sus similares de España, ha realizado una labor inmensa, logrando transformar la industria papelera nacional hasta ponerla al nivel de las más importantes del extranjero.

Posee en la actualidad trece fábricas, sabiamente situadas en los puntos más estratégicos y dotadas de la maquinaria más moderna; en sus talleres de manipulación se confeccionan desde la carpeta más modesta hasta el estuche más lujoso, y sus cuadernos y libros de comercio son justamente apreciados en todos los mercados.

Las materias primas y todos aquellos productos necesarios para la fabricación de sus papeles son escrupulosamente seleccionados, á cuyo efecto posee un espléndido y magnífico laboratorio químico, servido por personal competente, donde se practican análisis y pruebas que garantizan su mejor calidad.

Atenta, además, esta Sociedad á emanciparse, en lo posible, respecto á ciertos productos de que, hasta hace pocos años, venía siendo tributaria de otros países, ha creado modernas fábricas de pastas de madera, de esparto y de paja, para cuyo sostenimiento ha hecho vastas planta-

ciones forestales, aumentando así de un modo verdaderamente considerable la riqueza nacional.

El mismo espíritu progresivo que desde 1902, fecha de su constitución, ha inspirado sus actos y procedimientos en el orden industrial, ha sido constantemente aplicado

á todas las cuestiones de carácter social, latentes siempre entre el personal de estas grandes Sociedades, y así vemos que este magno problema, tan pavoroso para otras Empresas, ha quedado reducido en La Papelera Española á unos términos de concordia y armonía dignos del mayor aplauso.

¿Cómo ha podido conseguirse tan feliz resultado?

Con tacto, con espíritu de justicia, con desprendimiento, con generosidad.

En efecto; aparte del mejoramiento de sus sueldos y jornales, disfruta el personal de La Papelera Española de pensiones para la vejez, cuotas militares, cajas de socorro; cooperativas, escuelas, participación en los beneficios, etc., que constituyen un admirable sistema de unión y confraternidad.

En estos momentos de egoísmos desordenados y enconadas luchas sociales, es consolador mostrar á la consideración pública ejemplos tan elocuentes como el que nos ocupa, y que demuestra bien á las claras lo fácil que es armonizar intereses y factores que, dispersos, son perturbadores, y unidos habrían de laborar hacia el fin común del engrandecimiento de nuestro país.

Se han presentado al congreso de Ingeniería dos notables Memorias: la primera titulada «Instituciones sociales de La Papelera Española», y la segunda «La industria del papel durante la guerra», que se han repartido gratuitamente á cuantos las han solicitado, y han sido muy justamente elogiadas.



Muestras de primeras materias empleadas en la fabricación del papel

LA LIMPIEZA PRODUCE DINERO

Si cada vez que se lava usted
con la misma pastilla de

JABÓN



HENO DE PRAVIA

deposita cinco céntimos en una hucha
¿cuánto dinero habrá ahorrado
usted cuando la pastilla se termine?

¡Haga usted la prueba y quedará
asombrada y agradecida!

PERFUMERÍA GAL

MADRID



Idea

..PÁGINAS.. AFRICAÑAS LA VIDA EN LA TRIBU

La sociedad familiar berberisca tiene dos funciones que se desarrollan en armónico paralelismo. El hombre trabaja, combate; la mujer educa á los hijos, teje la lana, muele el trigo y fabrica los pantes dorados, de un denso aroma campestre.

La esclavitud de la mujer berberisca ni existe, ni ha pasado nunca de ser una de tantas fantasías de viajeros fácilmente impresionables.

El hombre en las tribus aprende de niño el Corán, conduce sus ganados por las montañas y después guerra; la mujer es la paz, el amor en las *gurbis* de los *duares*; pero esta misma mujer se convierte en pantera cuando una amenaza ruge en torno de la tribu.

ooo

Desde el *duar*, del color adusto de una piel de fiera, enclavado en la cumbre de una montaña, mujeres morenas, con vestiduras centelleantes, bajan corriendo y gritando con agudos gritos metálicos.



"Tolbas" aprendiendo el Corán

Como en el día de la boda, la pólvora llamea en las puertas de la *gurbi* hiriendo salvajemente los aires.

En un extremo de la estancia, una mujer levanta alegremente á un niño de color de oro.

Rahma, desde el tapiz, sonríe á su hijo, y jamás sus ojos han tenido una luz tan maravillosa.

La alegría tumultuaria de la tribu vibra en gritos, en aullidos, en clamores ardientes.

Y los disparos se suceden bruscos, cortantes, desgarradores.

Rahma se levanta del tapiz con torpe incoherencia, y dice á las mujeres:

—Ayudadme á vestir y á sostenerme de pie; voy á ofrecer á mi hijo.

Ya vestida, con un *kaftan* de púrpura y oro, coge á su hijo entre sus brazos y avanza, amparada por las otras mujeres, hasta los umbrales de la puerta abierta sobre el *duar*, sobre el cielo azul y sobre las lejanas montañas titánicas.

guerreros que la defienden. Los valientes han salido de sus vientres, los han tenido junto á ellas hasta que han podido manejar un arma, y luego los han lanzado á la guerra como leones.

Los guerreros se matan entre las broncas escabrosidades de la montaña, y la sangre brilla al sol fulgurante.

¿Huir? Nunca; las mujeres los despreciarían.

Al fin, surge un *santo* de la *zauia* de la comarca, y el combate cesa.

Cada tribu recoge sus muertos, los sube hasta el *duar* y los deposita á los pies de sus mujeres.

Entonces, á los fieros gritos de guerra suceden los alaridos de dolor, y las madres, las mujeres, las hijas, se arañan los rostros, se desgarran las vestiduras, muerden, frenéticas, la tierra humedecida por la sangre del muerto.

Después, se unirán á otros hombres, y el divino río de vida hará que las mujeres eleven alegremente hacia el sol otra nueva y pródiga cosecha de hombres.

ooo

Rahma, la bella berberisca, está tendida sobre un tapiz florido que parece pintado con sangre.

Mujeres morenas, con vestiduras de colores violentos, rodean á Rahma.



Negra de las tribus de Jurjura



Árabe del Desierto

Entre las ásperas espesuras de la montaña, los guerreros, de ojos de águila, disparan sus fusiles contra los enemigos de la tribu.

Sobre los montañeses, á pleno sol devorador, están sus madres, sus mujeres, sus hijas, apretadas las unas contra las otras, y brillantes como las flores de una corona, y todas ellas engalanadas trágica y soberbiamente para la batalla.

Algunas llevan en sus frentes unas placas circulares verdes y azules, ornadas de temblorosas gotas de plata.

Estas son las madres del año que han parido robustos hijos varones.

Su emblema es el disco del sol, porque ellas han producido como la tierra madre, y han dado, en vez de espigas de oro, una magnífica mies de hombres.

Otras, ya viejas, caducas, llevan el mismo símbolo sobre el pecho. Ellas han dado á la tribu todos los acerbos



Danzarinas berberiscas

En su frente luce la placa circular que simboliza el disco del sol.

Rahma está soberbiamente bella, con esa belleza divinizada que hace callar religiosamente á las multitudes.

Hay un silencio supremo en el *duar*.

Un millar de pupilas, llameantes, están fijas en ella.

—¡Salud, madre de Muiamad!—grita una voz entre la multitud.

Suena una vasta descarga, y entre el humo azul de la pólvora, que se eleva al sol, Rahma levanta á su hijo hacia ese mismo sol, divino padre de la misteriosa raza braber.

Y esta raza, noble y valerosa, que se extiende desde Túnez hasta los últimos confines del Mogreb, es la que engendró nuestra raza hispana, extinguidos los restos decadentes latinos y visigodos.

ISAAC MUÑOZ

ARTÍCULOS Y CRÓNICAS

	Número		Número		Número
Alberto I (Príncipe de Mónaco).—La fauna abisal.	309	El hombre del campo (dibujo de Vázquez Díaz).	307	Don Carnaval (dibujo de Marín).	270
Alcaide de Zafra (Joaquín).—El soldado de Hernani.	267	Fortunio.—En encaje.	291	La hija de Yorio (dibujo de Zamora).	271
Alonso (L.).—Alcázar-Seguer.	283	El arte y la moda modernos (con dos dibujos).	309	Manon Lescaut (dibujo de Zamora).	274
Siembra de paz.	294	Francés (José).—Lo que será después.—Extraordinario.	262	El «chic» y la elegancia (tres dibujos de Feduchi).	278
Los torreros de la isla de Mouro.	297	El nuevo palacio de Comunicaciones.	262	Los rastacueros (dibujo de Cazo).	285
Cabo Mayor.	301	Mujeres del mar (con cuatro reproducciones).	268	«Souper-froid» (dibujo de Ramírez).	286
Amadeo de Castro.—La Suiza andaluza.	274	La sombra de Pasteur.	274	Serenidad (dibujo de Igual).	290
La «plus-valía», dogal del pueblo.	280	El ciego (con un cuadro de Marqués).	278	Thais (dibujo de Zamora).	291
El ojo muerto de D'Annunzio.	293	Ella y los demás.	283	El divino oasis de amor (dibujo de B. Palencia).	292
El veneciano que reinó en Siam.	311	Pesadilla bolchevique (con un dibujo de Giráldez).	291	El ergástulo (dibujo de Zamora).	300
Andión (Antonio).—La voz de las campanas (dibujo de Varela de Seijas).	276	Alemania renace.	304	La hora sentimental (dibujo de Penagos).	307
Ángel Guerra.—La de los trágicos destinos.	287	G. A.—Cieza la riñete.	270	Amberes.	311
La prisión imperial.	293	García Sanchiz (Federico).—La mujer y las segundas tríples (con un dibujo de Ribas).—Extraordinario.	263	Icaza (Francisco A. de).—Conrado Fernando Meyer (cuatro dibujos).	265
Aragón (Salvador).—Cuando Jesús se acerca.	276	Abandonada (dibujo de Rivelles).	263	El París de los poetas (cuatro dibujos de Echea).	284
Arco (Ricardo del).—Forment, el Magnífico.	277	En el «cabaret» (dibujo de Ochoa).	269	Insúa (Alberto).—El encanto de Praga.	306
Azevedo (Reynaldo de).—El país de la viuda alegre.	302	Teatro de la Naturaleza (con una reproducción).	274	J. M. C.—Los reyes que siempre reinarán (dibujo de Marín).	262
Barrado Herrero (A.).—El avión radioquírgico.	282	Nueva Babel.	277	Juan Parlante.—El café Suizo desaparece.	292
Oña, la misteriosa.	304	Mientras torea en Sevilla.	278	Laiseca (Valentín).—Ilusión (dibujo de Reinoso).	300
Bello (Luis).—El arte de contar cuentos Goritzia.	263	En voz baja (con un dibujo de Igual Ruiz).	279	Larrubiera (Alejandro).—Calendario del amor: Enero (cuatro reproducciones).	264
La viuda (dos dibujos de Dhoy).	270	El epílogo (con un dibujo de Miret).	280	Idem Febrero (dos reproducciones).	269
La alegría de Europa (con una foto y un dibujo).	274	A la salida del taller (con un dibujo de Pascual).	282	Idem Marzo (cuatro reproducciones).	271
Las reservas del campo andaluz.	299	En la calle (con dos dibujos de Feduchi).	283	Idem Abril (dos reproducciones).	277
¿Deben consentirse los vuelos sobre Madrid?	294	Lecturas (con un dibujo de Requejo).	287	Idem Mayo (dos reproducciones).	280
El abolengo de Madrid.	308	Las causas remotas... (con un dibujo de Marín).	297	Idem Junio.	281
El árbol vengador (dibujo de Casanovas).	310	Caprichos de la noche (con un dibujo de Echea).	305	Idem Julio.	290
El hogar en huelga.	311	Escuela de cupletistas (con un dibujo de Marín).	306	Idem Agosto.	295
La transformación de Madrid.	312	Cordera (dibujo de Medina).	307	Idem Septiembre.	299
Bher (Alejandro).—Yo voy a hablar de Carlota.	311	Otras pastorales.	308	Idem Octubre.	304
Blanco (Pedro).—Guerra Junqueiro.	281	Divagación (dibujo de Manrique de Lara).	309	Idem Noviembre.	307
Blanco Roldán (Alberto).—Enseñar deleitando (con un dibujo).	286	Gómez de Baquero (E.).—El sionismo.	278	Idem Diciembre (dos reproducciones).	312
Bravo Carbonell (J.).—Escuelas indígenas.	307	Gómez de la Mata (Germán).—El encanto de los libros viejos.	302	Linares (Antonio G. de).—El amigo de todos.	262
Burgos (Carmen de).—El Versalles portugués.	299	Gómez Renovales (Juan).—La casa del Carbón, de Granada.	267	Los pequeñuelos ante la magia.	263
Las fuentes de Berna.	301	La Virgen de las Batallas.	297	Victoria Pinedo.	264
Carrere (E.).—Lohengrin no es prusiano.	264	González-Blanco (Andrés).—Larra, íntimo.	265	Grecia en la cancha.	268
Las bordadoras.	266	Gustavo Flaubert.	269	Sugestiones de Carnaval en la era del bolcheviquismo.	270
La muerte del rey nómada.	269	Mañana de sol en Toledo.	289	Horas de Madrid.	271
Las joyas artísticas de San Andrés.	270	La industria de la seda en Toledo.	290	La señorita Mistinguette.	275
La elegía del canario.	272	El palacio de Ugena.	297	Las de Semana Santa.	276
El huésped desconocido.	290	El mesón del «Sevillano».	308	La belleza de bronce y la belleza de oro y de marfil.	277
Embrujamiento gitano (con dos dibujos de Marín).	291	González-Blanco (E.).—Lirismo y costumbrismo en Pío Baroja.	267	La Banda muere, pero no se rinde.	283
La plaza Mayor.	296	La epopeya de Artigas.	273	El Brasil, tierra de aventura y de leyenda.	284
La amazona (con un aguafuerte de Montenegro).	303	En torno al fatalismo andaluz (con un dibujo de Franco).	280	Mañana de primavera.	285
Castro (Cristóbal de).—El embajador de la poesía.	284	Menéndez Pelayo.	282	El incierto porvenir.	287
Palacio Valdés y los obreros.	288	La gran conspiración bolcheviquista.	307	La revolución desde el plinto.	289
La moral y las costumbres.	292	González Fiol (E.).—Cuando el amor mata...	303	El botijo en París.	292
Las actrices del silencio (con 11 retratos).	295	La leyenda de la seda (con un dibujo de Ochoa).	306	Una reina de leyenda.	293
Bailarinas.	297	González López (Luis).—El lirio roto (con dos dibujos de Dhoy).	278	El país de la desproporción y la doctrina de Monroe.	296
El teatro de Oscar Wilde.	301	González Martín (M.).—Cementerios que viven y cementerios muertos.	305	Bilbao, ciudad del mundo.	307
Silenciosas.	303	Goñi (Francisco de).—La monja de las llagas.	290	López Núñez (Juan).—La calle del Gato (dibujo de Echea).	277
Castrovido (Roberto).—El nuevo Madrid.	277	El ex convento de la Piedad.	296	Lorenzo (Félix).—Un día, de esos hábitos se formará una nube.	288
Cisneros (Francisco G. de).—La leyenda de Hine-Moa.	307	Hernández Bermúdez (R.).—El castillo de Hamlet.	272	El Ángel caído del Jardín Botánico.	295
Domingo (Marcelino).—Alcalá de Henares.	264	Hernández Catá (Alfonso).—Presagio (con un dibujo de Ribas).—Extraordinario.	272	Lorenzo (José).—Habla el arcano.	295
Domínguez Berrueta (Juan).—Una visita a las Dueñas.	266	Champán triste (dibujo de Ribas).	272	Loyarte (Adrián de).—Meditación.	309
El Caballero Audaz.—La pereza de la mujer moderna (con un dibujo de Totaret).—Extraordinario.	306	La sombra de Maquiavelo.	281	Luceño (Tomás).—¡Hoy sale, hoy!	302
Su risa.	306	Fuentes de poesía (dibujo de Cámara).	282	Luque (Fernando).—Una página de Julio Verne (cinco fotos y dos croquis).	284
Fernández Flórez (W.).—El amor, la mujer, la poesía (con un dibujo de Bartolozzi).	298	Los viejos.	290	Luz León (J. de la).—Los pájaros, el sol, los nuevos trajes...	291
Fernández Mato (Ramón).—Sementera de leyendas.	309	El drama de la clase media.	300	Manaut (J.).—La pintura religiosa en Valencia.	312
Fernández Piñero (Julián).—El maleficio del castillo (con un dibujo de Cámara).	269	La fábula (dibujo de Vivanco).	305	Martín de la Cámara (E.).—La casa niña y el paseo viejo.	298
El Viernes Santo en Sevilla.	276	Hispania (Victor).—Roncesvalles y su Colegiata.	308	Martín Martín.—Artistas caprichosos (con un dibujo).	309
		Hoyos y Vinent (Antonio de).—Una mujer sin importancia (dibujo de Mesa).	264	Martón (Martín).—La cantante vieja (dibujo de Marín).	303
		Salambó (dibujo de Juez).	265	Jacob (Max).—Historia de Don Juan (dibujo de K-Hito).	305
		El music-hall (dibujo de Sanchiz Yago).	266	Mínimo Español.—Hablando con Nena.	272
				Aquí existió Fenicia.	273
				Los amorceillos de Versalles.	274
				Relojos iconográficos.	275
				Mujeres del Testamento.	276
				Madriñización de la Sierra.	294
				El centenario de Rafael.	296
				Idem id.	297
				La escuela de Rafael.	298
				La ciudad de las cien fuentes.	308
				España en Punta Arenas.	310
				Martí (Carlos).—Las dos patrias (dos dibujos de Penagos).	269
				Montero (José).—La musa de Gustavo Adolfo.	267
				Corte de amor y de dolor.	288
				Mientras llueve (dibujo de Penagos).	289
				Cuando ya se ha puesto el sol (con una reproducción).	294
				Lo de todos los años (dibujo de Martí Alonso).	309
				Morales San Martín (B.).—Las abejas.	297
				El fundador de los Montes de Piedad.	311
				Moreno (Hugo).—El maestro Paravincino (con un dibujo).	310
				Mota (Fernando).—El 500 aniversario de la Universidad de Rostock (con cuatro dibujos).	311
				Muñoz (Prudencio).—Juan Crisóstomo de Arriaga.	291
				Los ojos de Beethoven.	296
				Bardos y tamborileros vascos.	300
				Muñoz San Román (J.).—Las carretas del Rocío.	286
				La primera vuelta al mundo.	295
				Navas (Federico).—Homosolitaria.	269
				El hombre del café (dibujo de Penagos).	299
				Noel (Eugenio).—Paderewsky, soldado del ideal.	264
				Las columnitas del claustro.	278
				Entre Beethoven y Wagner (con un dibujo de Julio Antonio).	296
				El gallo de Morón.	306
				Olmedilla (Juan G.).—Playas desiertas (dibujo de Verdugo Landi).	293
				Ortega Munilla (J.).—Los doce arcauces.—Extraordinario.	263
				La plegaria infantil.	263
				Alma vasca.	265
				Taumaturgia científica.	266
				Cimas y llanuras.	268
				Entre Logroño y Alava.	269
				Antón el olvidado.	270
				Julio Burell.	271
				Aleluyas fotográficas.	272
				En la puente segoviana (con una foto y dos dibujos de Marín).	274
				Bosques de recordación.	277
				Rasgueos (un dibujo de Tillac).	280
				El hidalgo y los toros (dos dibujos de Marín).	283
				... Y el arado siguió rasgando la tierra (dibujo de Vázquez Díaz).	289
				La queja del heredero.	291
				El Fondak (dibujo de Got).	304
				La niñera bolchevique (dibujo de Echea).	306
				Fernán Caballero y sus confidencias epistolares.	307
				El curioso burlón.	310
				Ortiz de Pinedo (J.).—El más dulce amor de Don Juan (dibujo de Varela de Seijas).	305
				Peláez Cueto (Andrés).—Un problema sugestivo.	279
				La redención de Pegaso.	286
				La labor del alma.	289
				Las realidades de España.	296
				Pendás (Francisco).—Wilson y Roosevelt.	267
				Pérez (Dionisio).—Cómo hacer nuevos españoles.	304
				Pérez de Ayala (R.).—Antología del vino (con una reproducción).	312
				Pérez Nieva (Alfonso).—Ferrara (con dos dibujos).	265
				Edimburgo (dos dibujos de Pedrero).	291
				Londres (dos dibujos de Pedrero).	312
				Pérez Olivares (Rogelio).—¡Enfermeras! (dibujo de Penagos).	297
				Periquet (Fernando).—Dante Rossetti (con un dibujo).	286
				Pita (Federico).—Compostela.	282
				Ramírez Ángel (E.).—La fonda y el hotel.	273
				El viático en el pueblo (dibujo de Cerezo Vallejo).	277
				No fume usted (con un dibujo de Penagos).	278
				Mamá ha salido (con un dibujo de Ramírez).	300

Número	Número	Número	Número
La inmensa llanura (dibujo de Verdugo Landi). 306	Gaspar Cassadó. 271	Lagerlof (Selma).—La reina del islote de Ragnhild (dibujos de Bujados). 308	Barrado Herrero (A.).—El Monasterio de San Salvador de Oña. 309
Ranero (Josefina de).—La Emperatriz Eugenia. 285	José Carlos R. Sedano. 298	Linares (Antonio G. de).—El cazador de delfines (dos dibujos de Varela de Seijas). 282	Cano Barranco.—Torre del reloj de la catedral de Barcelona. 309
Redacción.—Córcega pintoresca. 263	Juan Manén. 300	Lorente de Urreza (Juan).—El relicario (dos dibujos de Penagos). 265	Conde de Santibáñez del Río.—Una torre lusitana. 262
El arte y la política. 270	Juan Ruiz Casaux. 309	Martínez Olmedilla (A.).—La muerte del bardo (dos dibujos de Varela de Seijas). 289	Gómez Renovales (Juan G.).—El Monasterio de Veruela. 281
Los aspectos del nuevo Madrid. 282	Zamacois (Eduardo).—Los cruzados de la Piedad. 279	Mark Twain.—Una novela de al Edad Media (dos dibujos de Juan José).—Extraordinario. 277	Gofi (Francisco de).—El palacio del Infante de Guadalajara. 273
Répide (Pedro de).—La piedad de Doña Margarita. 272	Weyler (Antonio).—Una visita a Tarazona. 267	Más (José).—Madrugada milagrosa (dos dibujos de Varela de Seijas). 277	Hielscher (Kurt).—La puerta del Calvario (Sagunto). 264
La iglesia de San José. 274	Miramar. 291	Mauclair (Camilo).—El alma frágil (dos dibujos de Echea). 290	La catedral de Murcia. 269
La musa de Salicio (dibujo de Marín). 275	Zozaya (Antonio).—Nubes arriba. 283	Maupassant (Guy de).—La leyenda del Monte de San Miguel (cuatro dibujos de Robledano).—Extraordinario. 311	El puente de Alcántara (Toledo). 269
La noche lúgubre. 278	Metapsíquica. 298	Millán Astray (Pilar).—Desilusión (dibujos de Varela de Seijas). 311	Plaza Mayor de Medina del Campo (Soria). 274
El hambre y el pan divino. 280	La infancia triste. 304	Montero (José).—Historia de un hidalgo (dos dibujos de Marín). 266	El castillo de Játiva. 274
Los primeros estudiantes de Alcalá. 293	Una dama. 311	Mora (Fernando).—«Pastillito» va en auto (dibujo de Dhoy). 299	La puerta de Trujillo (Cáceres). 279
Las grandes cantatrices madrileñas. 300		Olmedilla (Juan G.).—El talento (dos dibujos de Varela de Seijas). 264	La iglesia de S. Francisco (Cáceres). 279
Rittwagen (Guillermo).—Túnez. 265		Ortiz de Pinedo (J.).—El perfume (dibujo de Penagos). 272	La capilla del Humilladero (Medina del Campo, Soria). 280
Mezquitas de Argelia. 268		Pardo Bazán (Condesa de).—El te de las convalecientes (dos dibujos de Varela de Seijas).—Extraordinario. 271	El castillo de Coca (Segovia). 280
Las ciudades morunas. 275		La charca (dos dibujos de Penagos). 271	Una nave de la catedral de Burgos. 281
Poeta moro recitando poesías. 282		Las espinas (dibujo de V. de Seijas). 276	La iglesia de Santa Justa (Orihuela). 282
Rincones de la vieja Barcelona. 292		El niño (dibujo de Bartolozzi). 312	La catedral de Ciudad Rodrigo. 298
De la vida rifeña. 301		Queiroz (Ega de).—El comendador Pinho (dos dibujos de Penagos).—Extraordinario. 299	Plaza Mayor de Ciudad Rodrigo. 298
Tierra de Cameros. 309		Renard (Julio).—La horizontal (dos dibujos de Penagos). 293	El Ayuntamiento de Salamanca. 298
Ruiz Contreras (Luis).—El misterio del bosque, de la luna y de la playa (dibujo de Echea). 303		Répide (Pedro de).—Los volatines (dos dibujos de Marín). 267	La catedral de Toro. 300
Sánchez Rojas (José).—Invitación. 286		La conciencia y la ley (dibujos de Penagos). 309	Fuente de Baeza (Jaén). 310
La piedra. 295		Rigó (P.).—La apuesta perdida (dibujo de Echea). 292	La plaza de San Sebastián, en Antequera (Málaga). 307
Apertura de curso. 305		Rodenbach (Jorge).—La mudanza (dos dibujos de Ochoa).—Extr.º 273	Huerta Marín (Manuel).—La catedral de la Seo. 262
Sagarra (José María de).—Los manuscritos de Verdaguer. 301		Crepúsculo en el locutorio (dos dibujos de Penagos). 273	Morales San Martín (B.).—El castillo-alcázar de Benisamó. 283
San José (Diego).—Año nuevo, vida nueva (dibujo de Marín).—Extr.º 268		Rodríguez de León (A.).—De cómo una muerta labra una inmortalidad (dos dibujos). 302	El Monasterio de Puig, de Valencia. 293
Maestro de rufianes. 273		Rudyard Kipling.—El «sais» de miss Yougal (dos dibujos de Ribas).—Extraordinario. 280	Morella (Marquesa de).—El castillo de Montemayor. 304
Isidoro Máiquez. 273		Sánchez Pastor (Emilio).—La griega (dos dibujos de Bartolozzi). 280	Muñoz San Román (J.).—La encantada de D. Fadrique. 271
Un arbitrista (dibujo de Marín). 275		Sánchez Rojas (J.).—Crepúsculo de sangre. 290	Pita (Federico).—Betanzos monumental Puente deume. 304
Disciplinantes y nazarenos. 276		Sarnette (Fernando).—Una pierna por una mujer (dibujo de Penagos). 272	Redacción.—La iglesia de Osuna. 262
La conversión del marqués de Llobregat. 279		Tomorkenyi (Esteban).—Asunto concluido (dos dibujos de Bartolozzi). 303	El Monasterio de San Juan de la Peña. 265
Lugares que anduvo San Isidro en vida y en muerte (dibujo de Pedraza Ostos). 281		Troya (Francisco de).—La fe (dibujo de Baldrich). 302	El panteón de los nobles de Aragón. 266
Mariana Pineda. 284		Zaragoza Ruiz (Antonio).—El ausente (dibujo de Penagos). 283	Niebla. 267
Moratin. 288		Zozaya (Antonio).—Comino (dos dibujos de Ribas). 262	El Monasterio de San Juan de la Peña. 267
Eduardo Escalante (con un retrato). 295		El imposible del sabio (dos dibujos de Penagos). 276	Albarraçin. 268
El César en España. 302			El sepulcro de las de Ramiro I. 269
Desde el balcón de Marinas. 303			Nuestra Señora de los Huertos, de Sigüenza. 269
Santibáñez del Río (C. de).—Una plaza de Segovia. 272			Daroca. 273
Sardó y Vilas (S.).—Budapest. 310			La iglesia de San Miguel, de Jerez. 280
Sassone (Felipe).—Divagación pacifista (dibujo de Ribas). 285			La parroquia de Santiago. 292
Mujeres de España (los dibujos de Marín). 292			El «mas» de Palaudarias. 296
Séndino (E.).—La ciudad de los ensueños 290			Baeza. 299
Soldevilla (Fernando).—Vizcaya y Castilla. 268			Andújar. 303
Soriano (Manuel).—Los alabarderos. 285			Rivera (Saturnino).—El cementerio de Santa María de Sobrado. 299
Subirá (José).—Carcasona la feudal. 296			San Román.—Una nave de la Seo (Zaragoza). 265
Ferney. 310			Sarthou Carreres (Carlos).—La ex cartuja de Porta-Coeli. 265
Urbez (C.).—Don Pelayo (con una reproducción). 268			Ruinas de la cartuja de Vall de Cristo. 270
Carlos Federico (una reproducción). 270			Sancti-Spiritu del Monte. 300
Atenas (una reproducción). 271			Taracena Aguirre (B.).—San Baudelio de Berlanga. 268
Oton de Wittelsbach (una reproducción). 274			La catedral de Burgo de Osma. 290
Luitpoldo de Battenberg (una reproducción). 274			Wunderlick.—El castillo de Mombeltrán. 263
Cia Long (una reproducción). 277			La iglesia de Torrelaguna. 264
Leopoldo I (una reproducción). 278			Arenas de San Pedro (Avila). 273
Alompra (una reproducción). 281			
Bratislao (una reproducción). 282			
Simón Bolívar. 286			
Felipe el atrevido (una reproducción). 287			
Esteban Duschán (una reproducción). 288			
Don Pedro I (una reproducción). 291			
Federico de Hohenzollern (una reproducción). 292			
Enrique «el león» (una reproducción). 295			
Asparuch (una reproducción). 297			
Fernán González (una reproducción). 300			
José María del Castillo Rada (una reproducción). 304			
Abderraman I. 307			
Víctor Amadeo II. 310			
Leopoldo II. 311			
Varela Hervías (E.).—El arte popular en la fiesta de San Antón (varias reproducciones). 264			
Velasco Zazo (Antonio).—La casa encantada. 263			
La Granja. 266			
La Antigua. 272			
Los arrieros. 274			
Los portales de Cedaceros. 277			
El Museo de Pintura. 279			
La calle del Biombo. 283			
Vista Alegre. 288			
La Virgen de la Paloma. 294			
Las campanas de los Austrias. 300			
La santa. 304			
La fuente Castellana. 306			
El barrio de Pozas. 310			
Villar (Rogelio).—La pianola (dibujo de Marín). 264			

CUENTOS

INFORMACIONES

ARQUEOLÓGICAS

Campúa (José).—Cinco fotografías. 302
Gascón de Gotor (Anselmo).—Alrededor de al conquista de Zaragoza. 302
Morenas de Tejada (G.).—La necrópolis primitiva de Cádiz (varias reproducciones). 264
Excavaciones en Cala D'Hort. 288
Palacio (José María).—El Museo Numantino. 302

INFORMACIONES

ARQUITECTÓNICAS

Abizanda Hidroto (Manuel).—El retablo mayor del Pilar. 289
Anónimo.—El castillo de Butrón. 277
Sepulcro de Don Juan de Grado en la catedral de Zamora. 310
Antón (Francisco).—El palacio de las Dueñas. 298
Casablanca. 301
A. Q.—La catedral de Jaén. 297
El Monasterio de Santa Cruz de la Serós. 305

INFORMACIONES CIENTÍFICAS

Rigel.—La maravilla de Orión. 293

INFORMACIONES

DE ACTUALIDAD

A. R.—El encanto de las fuentes. 291
Alfonso.—La Reina y los aviadores ingleses. 282
Alonso.—La aviación en Madrid. 283
Anónimo.—La carretera de Autol. 283
El consejo de los Cinco. 285
El hambre en la Rusia comunista. 285
Emilio Bourdelle. 300
El naufragio del «Valbanera». 301
La evacuación de Arkángel. 307
Arauna.—El cristo de Limpías. 298
Campúa.—El palacio de Comunicaciones. 262
Carreras de caballos en Aranjuez. 283
Una procesión en el Cerro de los Angeles. 284
Los Reyes ante el monumento del Sagrado Corazón. 284
Central News.—El tratado de Paz. 282
Dawis.—Las catástrofes de la aviación. 287
Duarte.—Boda aristocrática. 286

	Número
Dudley Tennanant.—Un pontón de refugio en el Atlántico.	301
Eduardo (G.).—Las fiestas de la Victoria en Londres.	294
Got (Antonio).—Ain-Yedida.	304
Hugelmann.—La guerra en Italia.	284
Italo-Hispánica.—Caballería italiana.	271
M.—Homenaje á D. Antonio Zozoya.	298
Macpherson.—Los progresos de la aviación.	302
Marín (R.).—La Reina Doña Victoria y sus hijos en la Magdalena.	295
El violinista Costa.	279
Marín Ortiz.—Boda del conde de Salinas.	280
El Rey y los aviadores ingleses.	283
La Reina en Santander.	291
Marinas (Aniceto).—Monumento al Sagrado Corazón de Jesús.	284
Matania.—Fiesta náutica en Londres.	295
D'Annunzio en Fiume.	306
Montagne-Dawson.—Los nuevos submarinos británicos.	294
Ojanguren.—Del país vasco.	280
Redacción.—Wilson en París.	262
Fiesta infantil aristocrática.	271
La moderna Sevilla.	274
La paz y los delegados alemanes.	283
El palacio de Versailles.	284
El monumento al Sagrado Corazón.	289
La casa de los Guerrero-Mendoza.	285
La fiesta de la Nobleza.	287
Carreras de caballos en Santander (dos dibujos de Marín).	293
La Casa de España en Manila.	298
Romera Navarro (M.).—El nuevo arte norteamericano.	273
Salazar.—Una boda aristocrática.	271
Scott (Jorge).—El Congreso de la paz.	292
V. E. M.—Lo que la guerra enseña para la guerra.	309

INFORMACIONES DE ARTE

Alfaro (V.).—El arte y el hogar.	305
Berúete y Moret (A. de).—Los tapices de Goya (reproducción en color).	297
Burgos (Carmen de).—Una joya de la pintura.	296
Carles (D.).—Fortuny.	301
La Cataluña pintoresca, por Babel.	306
Francés (José).—La guerra que ha visto Sartorio.	271
El Salón de humoristas.	273
Octavio Pinto.	274
La Exposición española en París.	275
Idem íd. íd.	281
José Sattler.	291
Algunos pintores modernos.	291
Francisco Iturrino.	295
Emilio Burdelle.	300
La Exposición de Bilbao.	301
La pintura española.	302
Los esqueletos de Josot (siete dib.).	305
Frosky (Darius).—La Exposición Benito en París.	296
Gascón de Gotor (Anselmo).—La riqueza artística de Zaragoza.	272
Goya (F. de).—Tres retratos en la Exposición de París.	282
Insúa (Alberto de).—Los tres Goyas del Museo de Lille (tres reproducciones).	285
Inurria (Mateo).—Monumento á Muñoz Chaves en Cáceres.	281
J. F.—Joaquín Agrasot (un retrato).	265
L. R. A.—La catedral de Palencia.	288
Macho (Victorio).—Un busto de Galdós.	263
El monumento á Pérez Galdós.	263
Manaut Nogués (J.).—La moderna pintura religiosa.	281
Muñoz (Isaac).—Los antiguos grabados.	278
Los libros de otro tiempo (cinco reproducciones).	292
Redacción.—El Museo de Arte moderno.—Extraordinario.	268
Enrique Casanova.	268
La pintura decorativa (una reproducción).	268
Libros, Exposiciones y concursos.	269
La Raza.	271
El Museo de Bellas Artes, de Cádiz.	275
El Monasterio de El Paular.	278
Escultores y arquitectos.	278
El arte en el hogar.	278
La Lonja de Zaragoza.	288
Las portadas de <i>Nuevo Mundo</i> .	292
Un primitivo actual.	295
La Exposición de Santander.	295
Venancio Vallmitjana.	298
Exposiciones en Badajoz, Valencia y San Sebastián.	299
Los artistas montañeses.	300

	Número
Los bordadores decorativos de Fernanda Morenes.	302
El escultor Planes.	303
Montenegro, pintor.	309
El abanico de arte.	311
Rodin (Augusto).—Rodin y la escultura francesa.	311
Rodríguez Solís (E.).—Teatros de España.	272
Sarthou Carreres (Carlos).—De la catedral de Valencia.	275
La Exposición vicentista de Valencia	284
Sentenach (N.).—Mosaico romano.	287
S. L.—La moderna pintura francesa (una reproducción).	262
Julio Antonio.	238
C. Vara de Rueda.	282
La pintura española en la Exposición de Zaragoza.	285
Los bellos oficios.	287
Tres artistas (dos dibujos).	301
Silvio Lago.—Eduardo Rosales (dos reproducciones).—Extraordinario.	262
Ismael Smith (10 reproducciones).	262
Ernesto Bieler (10 reproducciones).	265
La Exposición Pinelo (siete reproducciones).	266
Rogelio de Egusquiza (nueve reproducciones).	267
La estatua yacente de Lemonier.	238
La obra de Valeriano Bécquer (una reproducción).	269
Whyndan Trion.	270
Celso Lagar y sus planismos (dos dibujos).	273
Los muñecos de Montagud.	275
Frente al retablo de Esenheim.	276
El escultor Ramón Mateu.	277
Francisco Domingo.	278
Exposiciones en Madrid.	279
Alberto Martini.	281
Tres Exposiciones del Ateneo.	282
La escultura española en la Exposición de Zaragoza.	285
La pintura francesa.	286
La escuela de cerámica.	287
Los muñecos de trapo.	288
Evaristo Valle.	289
Alberto Engstrom.	294
William Nicholson.	303
Larson ó la felicidad doméstica.	307
Hierros antiguos españoles.	308
Las tallas de Artigas.	310
Carrière y la escultura antigua.	312
Soler y Pérez (Leopoldo).—El castillo de Guadalest (cinco reproducciones).	270
Azulejos religiosos.	274
Historia de la cerámica de Alcora.	310
Vadillo.—Capilla del Condestable (catedral de Burgos).	263
Varios.—La moderna pintura francesa en la Exposición de Zaragoza.	286
Weyler (Fernando).—Batalha.	264

INFORMACIONES

INDUSTRIALES

El concurso de belleza de la Casa <i>Peele</i> .	306
La Exposición de Medicina é Higiene.	278
Idem íd. íd.	279
La Compañía de Mozambique.	282
Un progreso interesante en Medicina.	280
El arte decorativo.	301
El Hotel Ritz, de Barcelona.	303
Ante una bandeja de plata.	280
Feria-muestrario de Valencia.	285
El doctor Muñoz Carbonero.	286
El Metropolitano Alfonso XIII.	306
Un verdadero palacio cinematográfico.	280
El balneario de Zaldívar.	284
La fábrica de esencias del doctor Trigo.	286
El London County Westminster — Parr's Bank Ltd.	296
El concurso de belleza de la Casa <i>Peele</i> .	305
Las pieles y las artistas.	303

LA MODA FEMENINA

Derby (Lord).—La moda en nuestra casa.	309
Hugelmann.—Vestidos y capas para invierno.	307
Redacción.—Modelos en los números 263, 265, 267, 268, 269, 270, 272, 274, 277, 279, 284, 285, 286, 288, 294, 295, 296, 299 y 308.	

NUESTRAS VISITAS

El Caballero Audaz.—Irene López Heredia.	262
Pablo Iglesias.	263

	Número
Titta Ruffo.	265
El marqués de Villaviciosa de Asturias.	266
Adela Carbone.	267
Titto Schipa.	269
Pedro Muñoz Seca.	271
Amalia Isaura.	273
María Fernández Ladrón de Guevara	275
Sofía Casanova.	280
Carmen Jiménez.	281
Juan Bonafé.	286
Rafaelita Haro.	289
Angel Lancho.	304
Un rey negro.	305
Casimiro Ortas.	308

PÁGINAS ARTÍSTICAS

Anónimo.—Salón de actos del Guildhall.	268
Las edades de la vida humana.	275
Basílica de Santa María Maggiore.	275
La virgen del Pensamiento.	279
El mesón viejo.	289
La fotografía artística.	299
Aguirre (Agustín).—La princesita Caridad.	311
Alonso (Luis R.).—Portada de la iglesia de Moarbes.	312
Antequera Azpiri (Pedro).—El nuevo paseo de San Sebastián.	294
La hora del baño.	295
Apperley.—Gitana granadina.	271
Conchita.	287
Clavellina la gitana.	289
Soleá.	293
Arpe (Manuel de).—Borrás en <i>El Cardenal</i> .	277
Barbusse (Henri).—El astro pérfido.	301
Bianqui (Octavio).—La nube del Caben.	287
Bilbao (Gonzalo).—Dafnis y Cloe.	294
Brunet (Lorenzo).—El nuevo palacio municipal de Leipzig.	267
El Ludwigsbrücke, de Munich.	287
Palacio Real de Dresden.	306
La plaza de Carmelitas, en Basilea.	310
Bueno (José).—Un mausoleo.	289
Buerba.—Camino de la fuente.	283
Bujados (Manuel).—Primavera, verano, otoño é invierno.—Extraordinario.	267
Caldera (Juan).—Un rincón de Cáceres.	296
Piedras Viejas.	302
Camio (P.).—Ofrenda levantina.	291
Campúa (J.).—Madrid, visto desde la Casa de Campo.	303
Cano (Alonso).—Cristo de marfil, existente en la catedral de Sevilla.	275
El descendimiento.	277
Cano Barranco (Pedro).—Las cercanías de Caldas de Montboüy.	294
Caprotty (Guido).—El mercado.	269
Cardunets (Alejandro).—Paisaje.	271
Carreño.—El arrepentimiento de la Magdalena.	266
Casanova (Enrique).—Meditación.	268
La madre.	268
Castro Gil.—El palacio espectral.	284
Anteproyecto para Círculo de Bellas Artes, de Madrid.	299
Casa de pescadores en la costa asturiana.	304
La ciudad dormida.	308
El puente del diablo (aguafuerte).	312
Cerezo Vallejo (A.).—La inválida.	272
La dama del bosque.	293
Cigoli.—La Magdalena.	270
Un rincón del parque del Oeste.	310
Crespi (Daniello).—Jesucristo muerto.	276
Cruz Herrera (José).—La dama del lunar.	303
La madrina.	304
Dehesa de Mena (J.).—En el jardín de Armida.	308
Domínguez (Manuel).—Margarita delante del espejo.	283
Domínguez Bécquer (Valeriano).—Hilandería de Burgo de Osma.—Extr.	266
Durero (Alberto).—La huída á Egipto.	268
Los cuatro jinetes del Apocalipsis.	268
Esquivel (Antonio María).—Don Manuel Flores Calderón.	273
Retrato de la niña Flores Calderón.	291
Ferrario (Carlo).—La torre de Miguel-angelo.	264
Interior de la iglesia de San Marcos.	306
Flotats (P.).—La calle de «Spolsa-sach» y antiguo café de «Los cuatro gatos», en Barcelona.	310
Forns (Rafael).—Interior de la iglesia del Monasterio de Montserrat.	294
Gárate (Juan José).—Venecia.	272
García Lesmes (Aurelio).—Una plaza de Valladolid.	282
La iglesia vieja.	295

	Número
Giráldez.—El rubí.	264
Goya (F. de).—La Reina María Luisa. Extraordinario.	299
La gallina ciega.	300
El albañil.	303
Niños inflando una vejiga.	307
El pelele.	312
Los pobres.	297
Grunerwold (Matías).—Talla policromada.	292
Gutiérrez (Ernesto).—Paisaje madrileño.	281
Hermoso (Eugenio).—A la feria del pueblo.	276
Hevia (Miguel).—Visión de paz.	275
Hielscher (Kurt).—Las cruces de Segovia.	287
Paisaje de Orihuela.	290
El barrio de las Peñas (Ronda).	292
El castillo de Turégano (Segovia).	293
Plaza é iglesia de San Miguel, de Agreda (Soria).	296
La capilla de la Virgen del Socorro, de Antequera.	300
La bahía de Santander.	302
Plaza del «Pópulo», de Baeza.	303
Vista panorámica de Arcos de la Frontera.	303
Detalle del coro de la catedral de Zamora.	304
Ruinas de los claustros del convento de San Juan de Duero.	305
El río Tajo, en Toledo.	309
Una encrucijada en el Albaicín (Granada).	288
Huidobro (Luis).—Calle de pueblo castellano.	280
Igual Ruiz (E.).—La escondida senda.	295
Iturrino (Francisco).—En la tarde florida.	307
Juan José.—El roble y la vid.	309
Florinda.	311
La Emperatriz y el poeta.	268
Julio Antonio.—El dolor maternal.	268
El héroe tarraco.	278
Krudowsky (F.).—El entierro de Cristo	273
Laga (Celso).—Reflejo de forma cónica amarilla.	290
Barco.—Mensajeros de amor.	290
Largillere.—La Infanta Ana Victoria.	290
León Astruc (J.).—Retrato de una dama española.	265
López (Jesús).—Portada del Pósito (Jaén).	305
López (Vicente).—Fernando VII.	304
Lloréns (Francisco).—El crucero.	296
Madrado (Federico).—La Infanta Doña Isabel, niña.	301
Isabel II.	266
Madrado (Mariano de).—La Princesita.	300
Manchón (Ramón).—Fiesta en el lago.	293
Marín (E.).—La Boticelli.	263
Marín (Ricardo).—Una cacería en el siglo XVIII.	276
La Santa Cena.	276
Domingo de Ramos.	276
Viernes Santo.	276
La Resurrección.	281
La romería de San Isidro.	282
En la Exposición de perros.	310
Pablo Casals.	278
Marqués (Domingo).—Un hidalgo.	278
Cabeza de estudio.	306
Martí Alonso (M.).—Los mendigos.	308
Los santeros.	284
Memling (Hans).—Retrato.	311
Michenninof.—Cabeza de muchacha.	299
Mir (Joaquín).—El huerto de la ermita.	279
Moisés (Julio).—Los seminaristas de Vich.	280
Retrato de señora.	267
Murillo.—La investidura de San Ildefonso.	276
Ecece-Homo.	303
Nicholson.—Miss Fotheringay y el capitán Costigan.	284
Nieto (Gregorio).—La casita del tejado rojo.	280
Ochoa (E.).—El fauno de la primavera.	285
La maja del abanico.	301
Ethel.	310
Página romántica.	281
Pedraza Ostos.—La antigua puerta del convento de la Latina.	292
Una calle de Segovia.	274
Pinto (Octavio).—La higuera.	285
Plasencia (Carlos).—Un rincón de San Esteban de Pravia.	288
Pons Arnau.—Don Alfonso XIII.	288
Pradilla (Francisco).—Doña Juana la Loca.—Extraordinario.	297
Prieto (Gregorio).—La Virgen del Puerto.	

CREMA DENTIFRICA COLGATE

Te has limpiado bien
los dientes con el
dentífrico

COLGATE



No. S2329-6in. d.c.-J. R. K. Co.



YALE

El guardián de cinco millones
de hogares

Como el "Acorazado" es
el vigilante de los siete mares; por
lo tanto el

**Picaporte Yale de
Cilindro**

es el protector de cinco
millones de hogares—un vigilante
contra el atrevido intruso ratero
o ladrón.

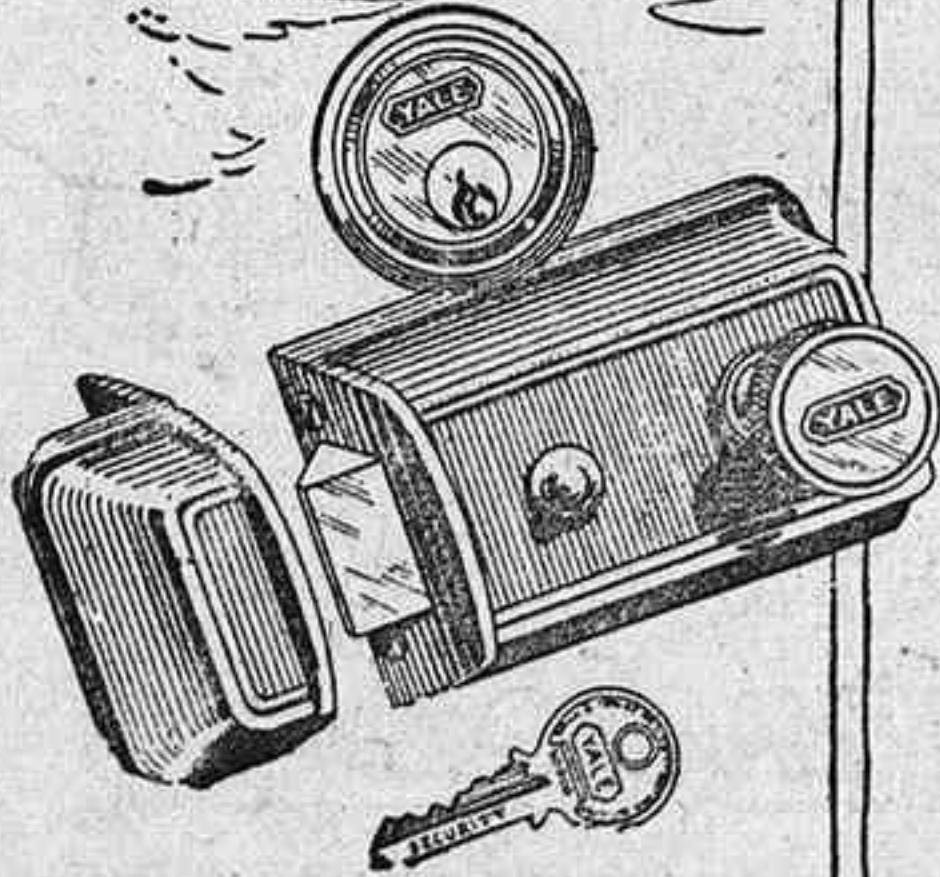
El Picaporte Yale de Cilindro es
un protector—cumple bien con su comen-
tido. Mantiene la puerta cerrada cuando
asi se desea. La destreza del ratero y su
ganzúa son impotentes ante el Picaporte
Yale—nadie puede abrirlo si no tiene la
llave debida.

Se fabrican para puertas de todas
clases, tamaños, estilos y precios.

Tal como el Picaporte Yale de
Cilindro se garantiza, asi lo son también
todos los productos Yale—Candados Yale,
Cierrapuertas Yale, Herrajes Yale para
construcciones, Cerraduras Yale para ban-
cos y Motores Yale de cadena. Pidase
la marca de fábrica "Yale" antes de com-
prar. Con los productos Yale tendrá Ud.
el maximum de seguridad.

De venta en las principales ferreterías.

The YALE & TOWNE Mfg. Co.
Establecidos en 1868
NUEVA YORK
E. U. A.



ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-
fica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,
desde donde se remiten folletos á quien los pida.

REMINGTON
UMC



Nuevo Modelo de
Rifle para Tiro al Blanco

Rifle de Repetición Calibre .22
Modelo 12C-N.R.A.

ESTE es un rifle de repetición para la mejor clase
de tiro al blanco—combina el contorno elegante,
el peso debido, el equilibrio perfecto, y se adapta para
disparos lentos o rápidos en cualquier posición.

Este nuevo modelo tiene miras de ranura ajustables para
el viento y la elevación, reconocidas generalmente por los
tiradores como las mejores para disparos al blanco de gran
precisión.

Está adaptado especialmente para el cartucho .22 Largo
Rifle, pero el .22 Corto y .22 Largo pueden usarse también.

Se enviará circular descriptiva gratis a quien la solicite.

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 BROADWAY
NUEVA YORK

B-3

Remington
U.M.C.

LO MEJOR PARA LA BOCA
ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO
CURA DOLOR DE MUELAS
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



Para Viajes, Excursiones, Merien-
das, Cacerías, etc., no olvidar la
Mortadella "SIBERIA"



SE VENDEN

los clichés usados
en esta Revista. Di-
rigirse á la Adminis-
tración, Hermosilla,
núm. 57, Madrid



FLORES DEL CAMPO

La envidiable fama adquirida por esas inimitables creaciones de la moderna perfumería científica se debe, no sólo á su aroma seductor y permanente, sino á sus no igualadas propiedades higiénicas

Jabón - Colonia - Polvos de arroz - Extracto - &

FLORALIA MADRID

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

©

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS